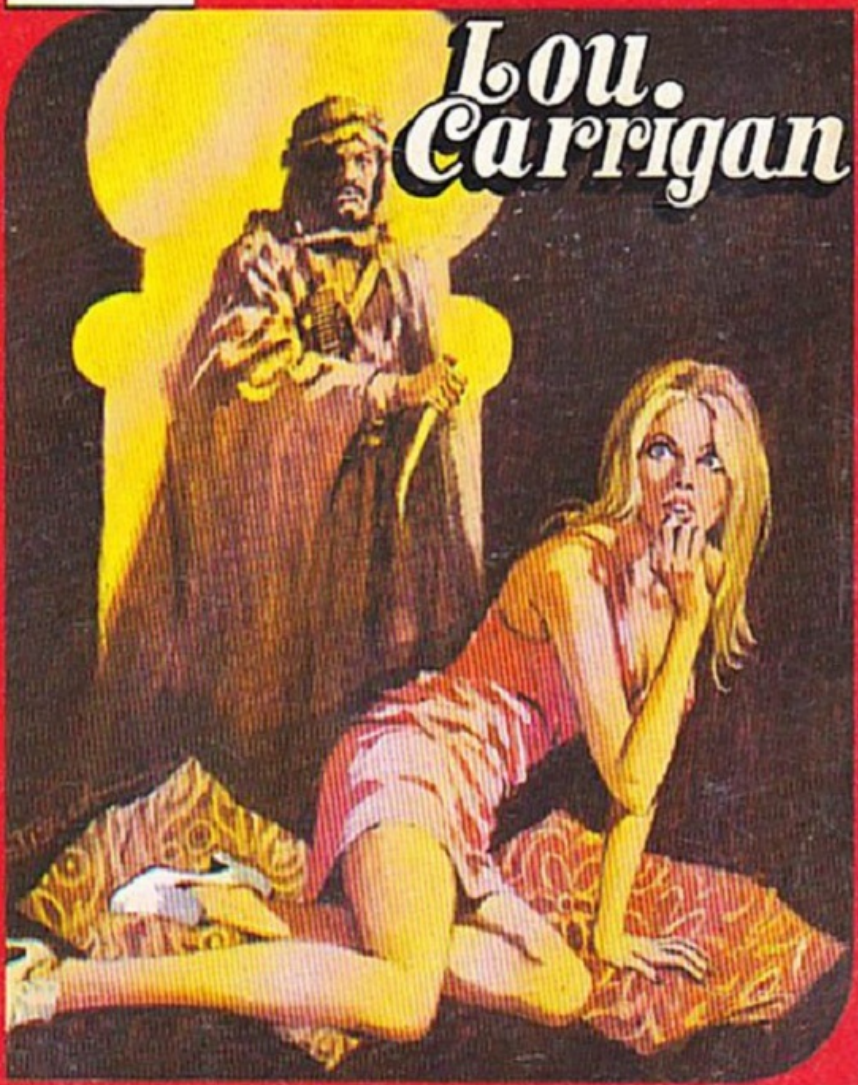
tam tam

NOVELAS

CERCA DE BABILONIA



El profesor Copperfield era un amante de las piedras.

Pero entendámonos: sólo profesionalmente. Era arqueólogo, y, además, una de las afortunadas personas que aman su profesión. Entendía de piedras una barbaridad, y aquella tarde lo estaba demostrando en su conferencia sobre unas excavaciones en cierto lugar de África sobre las cuales los periódicos habían dado noticias más bien escuetas.

No había cuidado, sin embargo. Para quien sintiera verdadero interés por dichas excavaciones, allá estaba el profesor Copperfield para ampliarlas y analizarlas. En honor a la verdad, una persona ajena al tema se habría dormido rápida y profundamente escuchando a Trevor H. Copperfield. Más, las personas congregadas en la sala le escuchaban con sumo interés.

Incluso había una persona que parecía escucharle «apasionadamente». Y esta persona, precisamente, era la que tenía turbado al profesor Copperfield, hasta el punto de que había momentos que ya no sabía si seguir hablando de piedras o hablar de bombones, por asociación de ideas.

Y es que la persona en cuestión era una muchacha que, siguiendo con el tema, podía dejar sin resuello a una piedra. Alta, rubia, de cuerpo espléndido y piernas sensacionales. Ojos azules, claros. Mortales de necesidad.

Lou Carrigan

Cerca de Babilonia

Bolsilibros: Tam-Tam - 21

Brigitte en acción - 403

ePub r1.1
xico_weno 11.07.18

Título original: *Cerca de Babilonia*
Lou Carrigan, 1982
Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

tam
tam
tam
tam
tam
tam
tam

CAPÍTULO PRIMERO

EL profesor Copperfield era un amante de las piedras.

Pero entendámonos: sólo profesionalmente. Era arqueólogo, y, además, una de las afortunadas personas que aman su profesión. Entendía de piedras una barbaridad, y aquella tarde lo estaba demostrando en su conferencia sobre unas excavaciones en cierto lugar de África sobre las cuales los periódicos habían dado noticias más bien escuetas.

No había cuidado, sin embargo. Para quien sintiera verdadero interés por dichas excavaciones, allá estaba el profesor Copperfield para ampliarlas y analizarlas. En honor a la verdad, una persona ajena al tema se habría dormido rápida y profundamente escuchando a Trevor H. Copperfield. Más, las personas congregadas en la sala le escuchaban con sumo interés.

Incluso había una persona que parecía escucharle «apasionadamente». Y esta persona, precisamente, era la que tenía turbado al profesor Copperfield, hasta el punto de que había momentos que ya no sabía si seguir hablando de piedras o hablar de bombones, por asociación de ideas.

Y es que la persona en cuestión era una muchacha que, siguiendo con el tema, podía dejar sin resuello a una piedra. Alta, rubia, de cuerpo espléndido y piernas sensacionales. Ojos azules, claros. Mortales de necesidad.

¿Que cómo sabía el profesor Copperfield que las piernas de la muchacha eran sensacionales pese a que no podía verlas, ya que la muchacha estaba sentada en la tercera fila? Pues, muy sencillo: porque el profesor Copperfield ya conocía aquellas piernas: pertenecían a la señorita April Vallance, una de sus alumnas de la universidad.

Pasmoso. La señorita Vallance se pasaba el curso soportando las erudiciones pétreas del profesor Copperfield, y, en cuanto llegaban

las vacaciones estivales, allá aparecía en una soporífera conferencia que estaba escuchando «apasionadamente».

Cuando la conferencia terminó, el profesor Copperfield estaba sudando de angustia. Había conseguido terminarla sin mencionar ni una sola vez la palabra «bombón», que se le escapaba cuando cometía la imprudencia de mirar a la señorita Vallance, motivo por el que había procurado mirarla lo menos posible. Y es que, aunque amante profesionalmente de las piedras, el profesor Copperfield, a sus treinta y cinco sapientísimos años, no había tenido jamás la absurda ocurrencia de prescindir de otros amores, algunos más bellos que las más bellas piedras. Así pues, amaba la vida en general tanto como a las piedras, y, ciertamente, no se quedaba indiferente cuando veía un rostro como el de la señorita Vallance, y sentía una emoción peculiar cuando divisaba unas piernas o un busto digno de su penetrante mirada.

Y es que, claro, el pasado puede ser interesantísimo, pero no hay nada mejor que un buen presente, y, con suerte, un gozoso futuro. Porque vamos, dedicarse sólo a las piedras era una tontería, y el profesor Copperfield no tenía nada de tonto…

—Profesor: ¿Podría atenderme unos minutos a solas?

Trevor Copperfield miró a la mujer que le había hecho la pregunta, mezclada entre las personas que le felicitaban tras su descenso de la tarima desde la cual había disertado. ¡Oh, cielos, ahora la pelirroja! Porque además de la rubia *miss* Vallance, también la penetrante mirada de Trevor había divisado a la pelirroja, que, aunque unos pocos años mayor que la rubia, merecía no menos interés humano, que no científico. Más o menos, era como una doble de *miss* Vallance, aunque quizá un poco más llenita, especialmente, detalle a tener en cuenta, en la parte alta de la pirámide, es decir, del cuerpo… Un bombonazo de ojos verdes. ¿Veintiséis años, veintiocho tal vez? Sí, unos pocos añitos más que *miss* Vallance, que ahora esperaba apartada del grupo que asediaba al profesor Copperfield.

El cual, mirando los ojos de la pelirroja, sonrió y dijo:

—Tendré mucho gusto en atenderla, señorita…

—Carol —sonrió ella—. Carol Redling. Le espero en la puerta, si le parece bien.

—Oh, sí, espléndido, espléndido.

El profesor continuó estrechando manos, mientras la pelirroja se dirigía hacia la puerta de la sala. No había el menor peligro de que Trevor la olvidase, porque no pertenecía a la generación de los sabios distraídos. Eso había pasado de moda. Trevor siempre veía cuanto sucedía a su alrededor, estaba atento a todo, no se le escapaba detalle. Tampoco llevaba gafas, ni su espalda estaba encorvada, ni tenía las piernas delgadas y el trasero gordo. Nada de eso. Para resumir, el profesor Copperfield era un atleta universitario que había cosechado no pocos triunfos en sus años estudiantiles, y que seguía practicando atletismo en sus ratos libres, que él procuraba que fuesen muchos… Dedicar la vida a la Ciencia estaba bien, muy bien; pero no *toda* la vida.

—¡Muchacho, muchacho, qué bien habla usted! —Oyó ahora Trevor.

Miró al hombrecillo que había lanzado el elogio, y enrojeció. ¡Cielos, allá estaba, allá lo tenía! ¡El temible profesor Esterhase, el verdugo de los malos conferenciantes sobre el tema! ¡Dios se apiadase del joven profesor Copperfield!

—Profesor —casi tartamudeó Trevor—… ¡No le había visto!

—Eso es perfectamente comprensible, mi joven amigo. Apruebo plenamente su decisión de dedicar su atención visual a espectáculos más dignos de ser debidamente apreciados. Pero habla usted muy bien.

De nuevo había enrojecido Trevor bajo la astuta mirada del profesor Esterhase. Éste sí llevaba lentes, era calvo, cabezón y menudito. Su nombre de pila era Richard, pero era tan menudito que todo el mundo seguía refiriéndose a él como Dicky Esterhase, que sonaba a muchachote. O a muchachito. Pero el profesor Esterhase estaba ya cerca de los setenta, y, en líneas generales, sí era un sabio distraído. En líneas generales, no en arqueología. Aquí era demoledor, implacable, aniquilador.

—¿Quiere decir que hablo bien… pero que no digo nada? —murmuró Trevor, aterrado.

—No, no, no… ¡No sea suspicaz, caramba! La conferencia ha estado bien. ¡Muy divertida!

—¿Di… divertida? —jadeó Trevor.

—Pavorosamente divertida. Pero no se preocupe, las conferencias han de serlo, so pena de matar de aburrimiento al

auditorio. Usted tiene el don de saber mezclar la información bien documentada con la diversión. Deliciosamente divertido, de veras. Sobre todo, la parte aquella de «porque las piedras no son sólo piedras, sino casi seres vivos que nos pueden decir tantas cosas como las piernas más bellas de toda África»… Chocantemente delicioso.

Trevor sintió un feroz escalofrío en toda su espalda.

—¿Yo he dicho eso? —alentó apenas.

—Palabra por palabra, joven. Pero en fin, muy bien, muy bien. Aunque me pregunto qué pueden decirnos las piernas más bellas de África.

—Quería decir… quería decir otra cosa. Eso de las piernas…

—Nada, nada. Cualquiera se distrae un momento. Y a propósito, creo que vine con alguien a la conferencia, pero ahora no recuerdo con quién.

—¿Su esposa, tal vez?

—¡Mi esposa! —Esterhase se dio una palmada en la frente panorámica—. Pero, no, no puede ser ella, porque está con nuestros nietos pasando el verano en el Sur de Francia. Bueno, bueno, no pierda el tiempo conmigo, atienda a sus admiradores. Espero que nos veremos en alguna próxima ocasión, joven Chesterfield.

—Sí… Sí señor, yo también lo espero, profesor Copperfield.

—¿Eh?

—Copperfield, no Chesterfield, con perdón.

—Ah, Copperfield. Sí, Copperfield… ¿El Copperfield que estudió con el profesor Masterson?

—Sí… Sí, en efecto.

—Admirable. Altamente admirable, si me permite decirlo. Desconcertantemente admirable, diría más bien, eso de que de un alcornoque como Masterson brote una fruta sabrosa en lugar de una bellota. Siga por ese camino, joven, siga: ¡llegará usted muy lejos!

El profesor Esterhase dio una palmadita en uno de los hercúleos hombros de su joven colega, y se alejó, dejando un rastro de sonrisas. Todavía tuvo Trevor que atender más felicitaciones, comentarios, preguntas… Bueno, poca cosa, él no era precisamente un futbolista del Mundial 82.

Así que, finalmente, pudo encaminarse hacia la bellísima pelirroja que esperaba pacientemente, sonriente.

—Bien, señorita Redling, estoy a su disposición —aventuró Trevor, con vagas esperanzas de índole personal.

—Gracias. Tengo el coche estacionado cerca de aquí. ¿Me permite que le lleve a su domicilio? Y no será ninguna molestia.

—Muy agradecido.

Salieron a la calle, y fue entonces cuando el profesor Copperfield vio a la señorita Vallance, allá parada, mirándole. El profesor Copperfield inició una sonrisa y comenzó a mover la cabeza para enviar un saludo, pero la señorita Vallance, justo entonces, dio media vuelta y se alejó. Trevor miró de reojo los deslumbrantes cabellos de *miss* Redling, que en aquel momento decía, tomándole del brazo:

—Por aquí, por favor.

Nada más llegar al coche de la muchacha Trevor comprendió que las cosas no iban a discurrir por los cauces de sus vagas esperanzas. El coche era un *Rolls & Royce*, y el chófer esperaba con expresión digna de una esfinge ante el volante. Al ver a la señorita Redling salió como disparado, y abrió la portezuela derecha de atrás. Entró *miss* Redling, entró Copperfield, el chófer regresó ante el volante, y el *Rolls* partió.

—Mi dirección es…

—Stephen conoce su dirección, profesor —rió Carol Redling—. Pero iremos despacio, si no le molesta. Quizá la conversación se alargue un poco.

—No tengo prisa —aseguró Trevor, pensando en su grande, aburrido, solitario apartamento—… Ninguna prisa.

—Estupendo. Bien, la verdad es que no sé cómo empezar. Veamos… ¿Qué le interesa a usted más, la Ciencia o el dinero?

—Bueno —reflexionó brevemente Trevor—, creo que lo ideal sería disponer de ambas cosas en una medida satisfactoria, señorita Redling.

—Quiero decir que usted quizá no le haga ascos al dinero.

—Más bien no. Pero si entiendo sus intenciones, y pretende tentarme de alguna manera, le sugiero que empiece hablando de Ciencia.

—Gracias. Me permito suponer que le agradaría a usted ser el único arqueólogo que aportase documentaciones arqueológicas de hace unos cuatro mil años. Y quiero decir, no abundar sobre temas

que ya están en estudio hace tiempo, sino presenta al mundo algo absolutamente nuevo.

—Supone usted bien —la miraba inexpresivamente Trevor—. Siga.

—Eso es todo. Le ofrezco a usted la oportunidad de conseguirlo. Por supuesto, todos los gastos de la expedición serían afrontados por mí. Y claro está, al término de la misma percibiría usted una cantidad que podemos fijar a su gusto. No es dinero lo que falta.

—Ya —sonrió un tanto irónicamente Trevor—. ¿Cien mil libras, quizá?

—De acuerdo: cien mil libras para usted, y todos los gastos pagados.

Trevor H. Copperfield entornó los párpados. Cien mil libras. Con esa cantidad en el banco podía conseguir unas rentas de por vida de siete u ocho mil libras anuales, quizá más. No era para volverse loco, pero sí para tener una existencia serena apacible, dedicada exclusivamente a la Ciencia, sin tener que hacer nunca concesiones de ninguna clase a nadie. Para siempre independiente, por poco más que él ganase cada año.

—Si se tratase de una broma —murmuró por fin— diría que es de muy mal gusto, señorita Redling. Pero no es una broma, ¿verdad?

—En absoluto.

—De acuerdo, entonces. Si lo que usted dice es cierto significaría para mí el prestigio universal en mi trabajo. Y me pregunto por qué me ha elegido a mí. ¿Por guapo?

—No —rió Carol—… Es usted guapo, pero le aseguro que ése no ha sido el motivo de la elección. Ha sido elegido por sus conocimientos.

—Muy amable por su parte. ¿Conoce al profesor Esterhase?

—Oh, sí, últimamente he tenido que dedicarme a localizar personalidades de su profesión. Sé quién es.

—¿Y el profesor Masterson?

—También. Creo que estos dos profesores mantienen una enconada rivalidad.

—Sí, en cierto modo. Pero son buenos amigos. Y cada uno de ellos, por sí solo, podría serle a usted mucho más conveniente que yo. Espere, espere… Sé que soy un buen arqueólogo teórico y

práctico, no soy de los que van por ahí presumiendo de falsa modestia. Soy de los buenos, y lo sé. Pero, sin ir más lejos, su expedición estaría mejor orientada y tendría mayor prestigio si la dirigiesen hombres como los profesores Masterson y Esterhase, o uno solo de ellos. Cualquiera de ellos. Si usted ha estado investigando en la profesión ya debería saber eso.

—Lo sé. Pero le queremos a usted.

—¿Por qué?

—Queremos un hombre joven, dinámico, capaz de tomar el mando de una expedición en un momento dado. Y no me refiero sólo al mando científico, sino humano. Un hombre enérgico, decidido, y no un vejete que pueda acobardarse o romperse una pierna tontamente.

—Caramba.

—Por lo demás, nos hemos asegurado de que, científicamente, y por supuesto también históricamente, sus conocimientos son satisfactorios. Vamos, no debería decirle esto, profesor Copperfield: usted es un profesor, ¿no?

—Me está convenciendo. Bien, ¿a qué clase de… documentaciones arqueológicas se refiere usted, y dónde están?

—No puedo decirle lo primero. En cuanto a lo segundo, todo lo que se permite decirle es que en principio iríamos a Bagdad… pero no a vivir un cuento de Las Mil y Una Noches.

Trevor sonrió cortésmente, siempre fija su mirada en los verdes ojos de Carol Redling.

—Bagdad está cerca de Babilonia —deslizó suavemente.

—Ah, ¿sí?

—No hay nada en las ruinas de Babilonia que el mundo no conozca ya.

—Bien… Tal vez podría usted indicarme a otro profesor joven que estuviera dispuesto a ir a Bagdad por cien mil libras.

—Así de claro, ¿eh? —sonrió de nuevo Trevor—. Sin más explicaciones: lo tomo o lo dejo.

—Así de claro —sonrió también Carol.

—¿Quién más interviene en esto aparte de usted?

—Personas adecuadas en todos los órdenes.

—¿Eso también es un secreto?

—Por el momento, sí.

—Bueno —movió la cabeza Trevor—… hace muchos años que aprovecho mis vacaciones en cosas como ésa, señorita Redling. Incluso he formado parte de excavaciones oficiales no pocas veces. A decir verdad, hasta el momento, es lo que más me divierte. Este año mi presupuesto es escaso, y tenía intención de emprender lo que ni siquiera merece el nombre de expedición; si acaso, una excursión, aquí al lado, en Escocia. La perspectiva de una expedición como la que usted me propone, y con todos los gastos pagados, me convence. Acepto.

—Magnífico. Dentro de unos días le llamaré por teléfono para concertar una cita con otras personas. Mientras tanto, sería conveniente que empezara usted a pensar en la cuestión técnica de la expedición: equipo y todo eso.

—Muy bien. Supongo que tenemos ya el permiso de las autoridades iraquíes.

—Usted preocúpese solamente de la parte científica, profesor. El resto está en buenas manos.

—Me parece muy bien. ¿Puedo llevar alguna persona que me ayude?

—Si merece su plena confianza, sí, desde luego. ¿Cuánto tendremos que pagarle a esa persona?

—No sé… Pero puesto que no es dinero lo que les falta a ustedes tal vez se desprenderían sin gran dolor de otras veinticinco o treinta mil libras.

—Lo consultaré, aunque no creo que haya problemas. Creo que estamos llegando a su casa.

—Sí… ¿Le gustaría tomar una copa?

—Me gustaría —rió Carol, con ojos maliciosos—, pero no puede ser. Ya nos veremos.

Trevor H. Copperfield asintió. Pocos segundos más tarde el *Rolls* se detenía ante el edificio donde tenía su apartamento. La señorita Redling le tendió la mano, Trevor la estrechó, efectuó un saludo con la cabeza, y se apeó. El *Rolls & Royce* se alejó. Trevor se volvió hacia el edificio, y torció el gesto.

Pero, en fin, se vive mejor solo que mal acompañado.

Capítulo II

DICKY Esterhase nunca se sentía solo. Tenía demasiados pensamientos en la cabeza, llevaba una vida interior que cabalgaba entre lo científico y lo fantástico. Escribir artículos y libros, consultar trabajos ajenos, preparar conferencias, viajes… A los sesenta y ocho años era un hombre demasiado activo para notar la soledad. Si su esposa quería estar en Francia con su hija y sus nietos, pues muy bien, adiós, querida, ya nos veremos.

Él prefería quedarse con Mitxoaca. ¿Que quién era Mitxoaca? Pues… ¿quién habría de ser, sino la princesa india inca de la que estaba enamorado y por la cual era plenamente correspondido? Y además, Mitxoaca era muy dócil, sumisa, cariñosa e inteligente. Una joya inca, vamos. Tenía dieciséis años, sus ojos eran como dos soles, y su piel tersa y fina también parecía hecha de seda y de sol, dorada, dorada, dorada… Su boca, grande y llena, siempre estaba deliciosamente húmeda y sonriente, y recibía los besos de Dicky Esterhase con suspiros que ponían erizada la piel del viejo profesor.

Además, Mitxoaca siempre aparecía cuando él quería. Nunca antes, nunca después; jamás se retrasaba ni nunca era inoportuna. Simplemente, él la llamaba, y ella acudía:

»—Mitxoaca, querida, mi amor, ven —llamaba Dicky Esterhase.

»—Aquí me tienes, amor mío.

»—¿Dónde estabas?

»—Estaba viajando hacia el sol y pensando en ti. Quería preguntarle al sol, que siempre lo ha visto todo, dónde están los restos de esas civilizaciones que siempre has querido encontrar, para decírtelo. Pero me has llamado, y aquí estoy… ¿Qué deseas, amor mío?

»—Deseo tu amor.

»—Siempre lo tienes y siempre lo tendrás.

»—Abrázame, Mitxoaca.

Ella le abrazaba, y Dicky Esterhase sentía en todo su cuerpo el calor de la piel de la muchacha inca que era princesa y que podía viajar hacia el sol, del cual regresaba con aquel calor que calentaba y rejuvenecía sus viejos huesos, y reavivaba todas sus energías vitales. Tendidos sobre nieve andina que se fundía, hacían el amor con un apasionamiento tan dulce que Dicky Esterhase vibraba con intensos placeres jamás antes experimentados de modo tan completo. Luego, hundía el rostro en la negrísima cabellera de Mitxoaca, que llegaba hasta sus tobillos, y suspiraba feliz, porque sabía que era amado… Y cuando se ponían finalmente de pie, Dicky Esterhase la abrazaba por la cintura, delgada y flexible, tierna y elástica, y miraba el oscilar de los divinos pechos de Mitxoaca, que quedaban a la altura de sus ojos, porque ella era alta y maravillosa…

El timbre de la puerta del apartamento arrancó al profesor Esterhase de su viaje andino abrazando la cintura de Mitxoaca. Alzó la cabeza, y se quedó mirando la cuartilla en la que había estado escribiendo a pluma, y sobre la cual se había adormilado evadido en sus sueños de amor y de ciencia.

Miró el viejo reloj colgado en una pared de su despacho. Eran las once y veinte de la noche. Parpadeó, y se dijo que lo del timbre debía haberlo soñado o imaginado. Pero el timbre volvió a sonar, y Dicky Esterhase decidió que lo más práctico era abrir, terminar, y volver al trabajo. Dormía menos que un mochuelo, solía decir. Cuatro horas de profundo sueño, y listo para otras veinte de ciencia y de amor con Mitxoaca, su gran secreto.

Se quedó atónito al ver a su visitante, que le miraba con una cierta preocupación.

—Estaba seguro de que lo encontraría levantado, profesor. ¿Podríamos hablar unos minutos?

—¿De qué?

—De lo nuestro —sonrió Trevor Copperfield.

—Pase. Creo que se me ha terminado el café, pero puedo ofrecerle un excelente *brandy*. Precisamente estaba escribiendo un pequeño comentario para el *Daily Mirror* sobre su conferencia de esta tarde. Fue esta tarde, ¿verdad?

—Sí.

—Y son las once y pico de la noche, ¿eh?

—Casi las once y media.

—Soberanamente tardía su visita, joven amigo Copperfield… Copperfield, ¿no es cierto?

—Sí: Copperfield.

—Bien… Bien. Charlaremos aquí, en el despacho, si no le importa. El *brandy* está en ese mueble; sírvase a su gusto. Puede fumar si quiere. Y a propósito, ¿dónde habré dejado mi pipa?

—Problema soberanamente enigmático —dijo Trevor.

Dicky Esterhase se quedó mirándolo, y de pronto soltó una risita. Señaló de nuevo hacia el *brandy*, se sentó tras la mesa, miró alrededor, y localizó la pipa junto al teléfono. Se la colocó entre los labios, chupó, y farfulló algo. Cuando terminó de encenderla, Trevor ya estaba sentado frente a él, con una copa de *brandy* en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Se me ha ofrecido el mando de una expedición arqueológica rodeada de cierto misterio pero con promesas de descubrimientos inéditos —fue directísimo al grano Trevor—, y he pensado que tal vez usted querría acompañarme.

A Esterhase casi se le cayó la pipa.

—¿Acompañarle? ¿Yo? Decididamente insólito. ¿No debería hacerle esa proposición a su maestro, a ese alcornoque de Masterson?

—El profesor Masterson y yo estamos últimamente un poco enfrentados debido a ciertas diferencias de opiniones. Sigo estimándolo mucho tanto en lo profesional como en lo personal, pero en esta ocasión no quiero conmigo a nadie que me discuta todo y que quiera tener el mando sólo porque ha sido mi maestro. Y no se trata de soberbia o envidia, sino de que yo también tengo derecho a mi progreso y posibles éxitos. Pero, sobre todo, profesor, le he elegido a usted por su imaginación… cualidad de la que el profesor Masterson no anda muy sobrado.

—Mi joven amigo, la imaginación y la Ciencia no suelen ir muy unidas. En la Ciencia, la imaginación es tan nociva como…

Dicky Esterhase calló de pronto, y, para sorpresa de Trevor, enrojeció. ¿Cómo demonios se atrevía a hablar mal de la imaginación cuando acababa de hacer el amor exhaustivamente con Mitxoaca en los Andes, sobre nieve que se fundía bajo su pasión?

Siga, profesor —instó Trevor—. Le escucho.

—Ejem… Bien… O sea, la ciencia debe regirse por evidencias, no por imaginerías.

—Sin duda. Y no discutiremos sobre eso. Pero yo necesito un compañero de expedición que no se encierre en teorías y evidencias ya establecidas. Y eso es lo que haría el profesor Masterson.

—Eso es cierto. Si a ese alcornoque se le gasta la broma de decirle que las pirámides las hicieron los americanos le estallaría el cerebro en lugar de decir que bueno, y que el puente de Brooklyn lo hicieron los incas… Y a propósito de los incas: ¿no será a Sudamérica esa expedición?

—No.

—Lástima. ¿Adónde?

—En principio, pararemos en Bagdad.

—¿No es un sitio que está cerca de Babilonia?

—Sí —sonrió Trevor—. A unos cien kilómetros, más o menos.

—Ya. Es perder el tiempo ir allá.

—Puedo conseguir para usted veinticinco mil libras, y todos los gastos pagados.

—El dinero me importa menos que sus huevos, joven.

—No tiene nada de tonto ir de vacaciones a Irak.

—Hace ochenta años, tal vez. Porque ya me dirá usted qué clase de descubrimientos inéditos se pueden hacer ahora en Babilonia.

—Estoy seguro de que si se detiene a pensarlo se le ocurrirá algo.

Dicky Esterhase se quedó mirando astutamente a Trevor tras sus lentes. Pero Trevor se limitó a beber un sorbo de *brandy*, teniendo acto seguido la cortesía de decir que era «insólitamente excelente».

—Eso que usted está pensando ya —susurró Esterhase—, no existe. Simplemente, no existe.

—Como quiera. Siento haberle molestado a estas horas. Espero que el profesor Masterson opine de modo diferente. Bueno, no lo espero, ésa es la verdad, pero ya que a usted no le interesa acompañarme iré a ver a Masterson. Le deseo muy buenas noch…

—¡Siéntese, maldita sea su estampa! ¡Nada de Masterson!

Trevor H. Copperfield sonrió contenidamente. Nada tan eficaz como la astucia, aunque fuese con viejos zorros como Dicky Esterhase.

Cuando salió de la casa del profesor Esterhase eran las siete de

la mañana.

Hacia las once de la mañana la señorita April Vallance salió de su domicilio dispuesta a hacer un par de sencillas compras que le llevarían apenas una hora. Luego tenía pensado almorzar en…

—Buenos días, señorita Vallance. ¿Qué tal está?

Miss Vallance, simplemente, estaba estupefacta. Allá, ante ella, en carne, hueso y traje estival de tono claro y sin corbata, estaba el apuesto y muy erudito profesor Copperfield, el hombre al que más odiaba en el mundo. ¡Oh, vaya si lo odiaba, vaya…! ¡Con toda su alma!

—Buenos días, profesor —consiguió reaccionar a toda prisa—… Estoy muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Insólitamente estupendamente.

—¿Eh…? ¿Qué?

—Que muy bien, gracias.

—Lo celebro. Bien, tengo que…

—La vi ayer en mi conferencia.

—No me diga.

—Sí, sí, ya lo creo que la vi. Llevaba un vestido de color azul claro precioso, escotado, con…

—¿Se está burlando de mí?

—¡De ninguna manera! Bien, ayer quise saludarla al salir, pero usted no debió verme, y se fue justo en aquel momento.

—Pues se equivoca, le vi perfectamente. Pero como no estaba solo me pareció que no era momento de saludos.

—¿No estaba solo?

—No señor.

—¿Con el profesor Esterhase?

—Tengo prisa, profesor.

—Mala cosa, la prisa. Con prisa nunca se hacen buenos trabajos. A mí, por ejemplo, me gusta pasear, sin hacer nada, pensando. Y eso estaba haciendo cuando, de pronto, ¡qué veo, la señorita Vallance! ¿No le parece una feliz casualidad?

—No veo la felicidad por parte alguna.

—Bueno, es cuestión de saber localizarla. Vaya, sí, a mí me parece una feliz casualidad. Precisamente, andaba pensando en encontrar una persona que colaborase conmigo en cierto trabajo… Pero no. Usted no querría hacerlo, ¿verdad? Y es una lástima,

porque me parece usted bastante adecuada. En fin, ya que tiene prisa y no creo que mi oferta le interese…

—¿Qué oferta? —murmuró April Vallance.

—Una expedición a Irak. A Bagdad como punto base.

—Dios mío… ¡Bagdad!

—Cerca de Babilonia —alzó un dedo Trevor Copperfield.

—Sí, claro, ya… Bueno, no sé… ¿Qué tendría que hacer?

—Para resumirlo, ser mi secretaria. Ya sabe, tomar notas, ordenarlas, pasarlas en limpio, cotejarlas con algunos libros que pienso llevarme… Todo eso. Naturalmente, todos los gastos pagados, y puedo ofrecerle diez mil libras al término del trabajo, que no creo se alargue más allá de primeros de septiembre.

—¿Diez mil libras? ¿Para mí?

—Se podría comprar vestidos tan bonitos como el que lleva ahora. Y libros. Bueno, muchas cosas. El dinero es agradable, ¿no cree?

—Sí, pe-pero… Bueno, a Irak… No sé. Es que mi padre…

—Si alguna cosa ha de preocupar al señor Vallance podemos tranquilizarlo rápidamente: nos casamos usted y yo, y problema resuelto.

—¡No creo que sea momento para bromas, profesor!

—Mi intención…

—No me refería a eso al mencionar a mí padre. Es que se quedaría solo todo el verano. Y habíamos pensado ir los dos a Dover. Por lo demás, puedo hacer lo que me plazca sin que mi padre se preocupe en absoluto. ¿Está claro?

—Bien, bien, ya veo que no es necesario que nos casemos —sonrió Trevor—. Pero me gustaría que me acompañase usted. Es una alumna no sólo muy aventajada, como suele decirse, sino inteligente y con gran interés por la arqueología. ¿Me equivoco en esto último?

—No… No.

—Me pregunto si su padre se opondría a que disfrutase usted de una ocasión como ésta para aprender y ganar diez mil libras. ¿Quiere que suba a preguntárselo yo mismo?

—No… ¿Cuándo saldríamos?

—No creo que lo demoremos más de una semana. Tengo que terminar todavía algunas negociaciones, y sobre todo preparar la

expedición. Hacer compras y todo eso: libros, material, mapas… Ya sabe. Caramba, se me está ocurriendo que tal vez usted aceptaría acompañarme en esas compras, señorita Vallance. De este modo también podría adquirir lo que necesite usted. Bueno, digamos que uno podría ayudar al otro con sugerencias, ¿no le parece?

—Usted no necesita mi ayuda para nada —murmuró la muchacha.

—Pero me gusta escuchar las sugerencia ajenas. ¡Estoy seguro de que usted siempre encontrará alguna agradable sugerencia que hacer! Podríamos empezar por el almuerzo… ¿Qué le gustaría almorzar y dónde?

—Todavía no he aceptado, profesor.

—Claro que sí —sonrió Trevor Copperfield—. Sólo una tonta rechazaría lo que le estoy ofreciendo. Y usted no es tonta, ¿verdad?

—No —le miró fijamente April—… Le aseguro que no soy tonta.

—Eso me tranquiliza mucho.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que si usted fuese tonta yo también lo sería al haberle dado unas calificaciones tan altas en los últimos exámenes del curso. Y a propósito de eso: ¿quedó usted satisfecha con mi puntuación?

—Incluso me pareció que había sido demasiado benévolo. Generoso, incluso.

—No, no —rechazó Trevor Copperfield—. Yo nunca soy benévolo ni generoso, sino justo. Al menos, eso intento. Por ejemplo, si digo que esta mañana está usted radiantemente hermosa soy justo y nada más.

—¿Y lo dice? —sonrió April.

—Si usted me lo permite, sí.

Miss Vallance escrutó los ojos de su profesor como si quisiera alcanzar lo más recóndito de su alma. De pronto, preguntó:

—¿Quién era aquella hermosa mujer? La pelirroja de ayer.

Trevor sonrió de oreja a oreja.

—La mujer que paga todos mis gastos.

Capítulo III

CAROL Redling se mostró sumamente cortés cuando, tres días más tarde, el profesor Copperfield se presentó en el lugar de la cita acompañado de Dicky Esterhase y April Vallance, a quienes presentó. Pero acto seguido tomó de un brazo a Trevor y lo llevó hacia un rincón del amplio vestíbulo.

—Le contratamos solamente a usted, profesor —murmuró.

—Si no recuerdo mal usted me autorizó a contratar a alguien que me ayudara. No irá a decirme que me he buscado mala ayuda, señorita Redling.

—En lo que respecta a la muchacha, no hay problema, eso era de esperar. Pero si hubiéramos querido contratar al profesor Esterhase lo habríamos hecho directamente. Le queremos a usted, no a él.

—El profesor Esterhase es un pozo de ciencia, pese a lo cual, y debido a su gran modestia, no ha puesto inconveniente alguno en que el jefe de la expedición sea yo. Viene como colaborador mío, eso es todo. Quiero que entienda que eso significa una gran deferencia hacia mi persona, señorita Redling.

—Sí, lo comprendo, pero… Bueno, tendré que consultarlo, la verdad.

—Mientras lo hace tal vez podríamos disfrutar de un asiento y un refresco. Hace calor, ¿no cree?

—¿Está seguro de que soportará usted el clima de Irak?

Trevor se limitó a sonreír. Carol acabó por sonreír a su vez, y los condujo a los tres a un saloncito de la hermosa casa de Paddington donde habíase concertado la entrevista. Un criado se encargó de servirles refrescos mientras la señorita Redling permanecía ausente.

Reapareció casi quince minutos más tarde, acompañada de dos hombres, uno de los cuales la llevaba abrazada por la cintura. Era un sujeto de unos cincuenta años, de mediana estatura, macizo, casi

completamente calvo, de tez sonrosada y pequeños ojos castaños de perspicaz mirada. Trevor se fijó en sus ropas de altísima calidad, y, sobre todo, en la sortija que lucía en el dedo meñique de la gordezuela, casi porcina mano que se apoyaba en la cintura de la pelirroja. Muy bien, si no se equivocaba de aquellas manos porcinas salía el dinero para la expedición. No le gustó demasiado el sujeto.

El otro todavía le gusto menos. Medía casi metro noventa, vestía toscamente y parecía que su hercúleo cuerpo no estuviese cómodo dentro del traje de confección. Quemado por el sol, de alargados ojos verdosos, casi tan pelirrojo como la señorita Redling y mucho más pecoso, tenía de desagradable espacialmente la boca, grande y fina; era como si no tuviese labios. Sus manos eran enormes, y parecían tapizadas de vello rojizo en una abundancia simiesca.

Carol Redling los presentó a todos. El sujeto que la había abrazado por la cintura se llamaba Chester Madows, y el otro, el gigante pelirrojo, Waldo Korvin. Ambos eran británicos, evidentemente.

Terminadas las presentaciones, ya todos sentados y fumando y tomando refrescos o café, Chester Madows miró amablemente al profesor Esterhase.

—No sé si usted ha entendido, profesor, que el jefe científico de la expedición es su joven colega, el profesor Copperfield.

—Lo he entendido perfectamente —asintió Esterhase.

—Bien… Quería asegurarme. Su prestigio es sobradamente conocido, así que… pensé que no había entendido la situación, y que tal vez creía que sería usted quien…

—Todo está perfectamente entendido entre Trevor y yo, señor Madows. Ahora bien, si lo que ocurre es que no desean ustedes mi colaboración, le aseguro que encontraré alguna otra cosa en que ocuparme.

El titubeo de Chester Madows fue captado por todos. Pero, antes de que diese su respuesta, Trevor Copperfield se le adelantó:

—La señorita Redling me enseñó a hablar con claridad, señor Madows, y voy a hacerlo: si el profesor Esterhase no nos acompaña no cuenten conmigo. ¿Suficientemente claro?

Madows sonrió contemporizador, pero su sonrisa no gustó en absoluto a Trevor.

—Está bien, no discutamos más. En realidad, creo que debemos

sentirnos todos satisfechos por el concurso del profesor Esterhase.

—Sin la menor duda. En cuanto a la señorita Vallance, a la que he ofrecido diez mil libras, tengo la certeza de que será una magnifica secretaria para el profesor Esterhase y para mí. En total, el equipo arqueológico les va a costar a ustedes ciento treinta y cinco mil libras. No obstante, si les parece que me estoy excediendo yo correré con la parte de la señorita Vallance.

—No hay problema en eso —dijo casi desdeñosamente Madows —. Bien, profesor Copperfield: ¿qué le gustaría a usted encontrar en Irak?

—Lo que nunca encontró antes nadie: esculturas de los grandes reyes de Babilonia.

Su respuesta fue rápida, contundente, y pareció convertirse en un mazazo que acertara de lleno a Madows y a Korvin, los cuales, sin embargo, no hicieron grandes aspavientos. Sí los hizo Carol Redling, que se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Trevor Copperfield. El profesor Esterhase, mudo e inmóvil, dirigía su perspicaz mirada vivamente de uno a otro.

—Bien —murmuró Madows—… Es evidente que usted sabe de qué va el asunto, profesor.

—No sé exactamente de qué va el asunto, pero tanto el profesor Esterhase como yo comprendimos bien pronto que algo inédito en Irak, y cerca de Bagdad, tenía que estar en Babilonia. Y lo único que nunca se ha encontrado en Babilonia han sido esas esculturas de reyes como Hammurabi, Nabopolasar… y, sobre todo, Nabucodonosor. Ya sé que estamos hablando de hace tres y cuatro mil años, pero… ¿puede usted, o la Ciencia, asegurar que esas esculturas no existen?

—No —susurró Trevor.

—¿Qué pasaría si usted encontrase una escultura de Nabucodonosor?

—¡Dios mío! —exclamó April.

Todos la miraron. Madows sonrió de nuevo.

—Se diría que eso la impresiona a usted, señorita Vallance. ¿Tal vez le parece que serla un descubrimiento importante?

—¿Importante? —Se irguió April—. ¡Sería de una sensacionalidad científica pocas veces alcanzada! Pero el profesor Copperfield tiene razón: si esas esculturas existieran las

expediciones que durante tanto tiempo han estado excavando en las ruinas de Babilonia ya las habrían encontrado.

—¿Y por qué habrían de estar *en* Babilonia? ¿Por qué no *cerca* de Babilonia, en algún lugar en el que nadie se haya fijado… hasta ahora?

—¿Existe ese lugar? —inquirió Trevor.

—Existe —habló por primera vez Waldo Korvin.

La mirada de Trevor se desplazó hacia Dicky Esterhase, que simuló no darse cuenta, y permaneció con la suya fija en Korvin.

—Está claro que nuestros profesores se muestran escépticos, Korvin —dijo risueñamente Madows—. Convendría que les diese una explicación adecuada para, cuando menos, interesarlos.

—Sí, señor. Bien, el hecho concreto es éste: hace un par de semanas, un iraquí llamado Nazik Ajras, residente en Bagdad y que habitualmente se dedica a hacer de guía de turistas de todo el mundo que acuden a ver las ruinas de Babilonia, me abordó en Bagdad. Nazik y yo nos conocemos hace algún tiempo, y siempre hemos hecho buenas migas. Me dijo que quería hablar conmigo, y comenzó a darle tantas vueltas al asunto que acabé por impacientarme, y le exigí que fuese al grano…

—Perdone un momento, señor Korvin —murmuró Trevor—: ¿ese guía tiene conocimientos arqueológicos?

—No como los de usted. Es un… autodidacta, por decirlo de algún modo. Lleva mucho tiempo visitando las ruinas de Babilonia, no sólo con turistas, sino colaborando con expediciones de toda clase. Sus conocimientos arqueológicos propiamente dichos son muy escasos, pero tantos años oyendo hablar a los turistas y a los científicos le han proporcionado una serie de conocimientos desordenados… y muy interesantes.

—Ya. Prosiga, por favor.

—Bueno, no quiero cansarles. Nazik Ajras me preguntó, por fin, si yo conocía a alguien que estuviera dispuesto a pagar muy bien una información arqueológica de primerísima magnitud que *podría* estar relacionada con ciertas esculturas que nunca antes habían sido halladas en faceta alguna. Le dije que tal vez sí conocía a alguien, pero que debía darme algún dato que despertase el interés de esa persona. Y entonces él dijo, simplemente: Nabucodonosor. Le dije que estaba loco. Él se me quedó mirando fijamente, y dijo: si usted

no acepta, señor Korvin, alguien lo hará. Así que… le pedí que esperase unos cuantos días, y me vine a Londres.

—¿Conocía usted ya al señor Madows?

—Korvin es uno de mis… ojeadores —explicó el propio Madows —. Tengo varios amigos como él, que van por ahí a la busca de negocios interesantes, y en cuanto aparece algo me avisan.

—¿Qué clase de negocios?

—Toda clase de negocios, profesor, —rió Chester Madows—. Soy lo que se podría llamar un inversionista oportunista. En ocasiones, gracias a mí decisión de arriesgarme, he conseguido beneficios poco corrientes. Por ejemplo, no sería la primera vez que invirtiendo cinco mil libras haya obtenido una ganancia de doscientas cincuenta mil.

—Caramba.

—Negocios honrados. Bueno, no siempre ortodoxos, pero honrados. Ah, por cierto, nada de drogas, ni trata de blancas, o porquerías de ésas… Voy a rogarles que no me confundan con un criminal. Un oportunista implacable, bueno, pero nada más, quiero que esto quede bien claro.

—Usted podría perder mucho dinero en esta expedición, porque, francamente, no creo que encontremos ninguna escultura de Nabucodonosor, ni de ningún otro rey babilónico.

—Yo arriesgo mi dinero, y ustedes no arriesgan nada. Pase lo que pase, regresarán a Londres con la cantidad concertada.

—Supongamos que encontramos algo —le miró fijamente Trevor —… ¿Qué pagaría? Porque tenga por seguro que las autoridades iraquíes exigirían la entrega de los hallazgos.

—Tal vez, pero nadie les quitaría a ustedes la gloria, ¿verdad?

—Verdad. Nosotros tendríamos la gloria. ¿Qué tendría usted, señor Madows? Desde luego ninguna ganancia económica directa. Sería, eso sí, el hombre que habría financiado la expedición, y le correspondería su parte de gloria… ¿Eso es lo que busca? ¿Se conformaría con eso?

—Ésa es otra cuestión, que no le concierne a usted, profesor, dicho sea sin ánimo de molestarle.

—Pero usted espera ganar algo, ¿no?

—Todos ganaremos algo.

—Le advierto que no pienso ni remotamente comprometer mi

nombre y el del profesor Esterhase y la señorita Vallance, ni la dignidad de nuestro trabajo, realizando maniobras extrañas en Irak. Ninguno de nosotros tres lo haría por nada del mundo.

—¿Ni por la gloria? —sonrió Carol Redling.

—No hay gloria con desprestigio, señorita Redling.

—Escuche, profesor —habló pacientemente Chester Madows—, la única maniobra que usted podría considerar extraña será la de mantener en secreto el objetivo de nuestra expedición. Oficialmente, seremos un grupo más a la búsqueda de cosas corrientes, buscando indicios en lugares diferentes, un poco quizá a la desesperada, o a lo loco, pero nunca diremos que vamos sobre seguro en busca de esculturas de reyes babilónicos. ¿Le parece esto deshonesto?

—En principio, no, ya que tenemos derecho a explotar nuestros descubrimientos fruto del trabajo personal, o nuestras intuiciones. Pero una vez conseguido lo que sea nuestro comportamiento debe ser oficial y límpido.

—¿Conoce usted al señor Yabra Al-Malik?

—No… No.

—Es un personaje muy influyente en Irak, metido en política y en altas finanzas. Persona de gran prestigio, y muy respetada. Puede usted informarse sobre él como guste y cuando guste. ¿Le tranquilizaría saber que el señor Al-Malik forma parte de nuestro grupo?

—Si ese señor es lo que usted dice, sí.

—Pues entérese sobre él, y cuando lleguemos a Bagdad lo conocerá, ya que nos alojaremos en su casa dos o tres días.

—Indagaré sobre Yabra Al-Malik, no lo dude.

—Espléndido. Bien, como tengo la certeza de que sus averiguaciones le tranquilizarán, creo que podemos… ponernos en marcha. Mientras usted y sus colaboradores terminan sus compras aquí, Korvin regresará a Bagdad, para ponerse de acuerdo con Nazik Ajras, y comprar más material: camiones, *Land Rovers*, todo eso. Entre unas cosas y otras, Korvin dispondrá de una semana para esos preparativos. ¿Suficiente, Korvin?

—Sí señor. Cuando ustedes lleguen todo estará dispuesto para salir al desierto.

—Pues creo que todo está dicho. ¿De acuerdo?

—Respecto a los pasajes… —empezó Trevor.

—¿Pasajes? —Alzó las cejas Madows—. Iremos en mi avión, profesor. Ustedes tres, Carol y yo viajaremos cómodamente, se lo aseguro. Profesor Esterhase —miró vivamente al silencioso anciano —, ¿no tiene usted nada que decir?

—Si tuviese algo que decir lo habría dicho —replicó Esterhase —. Todo lo que se me ocurre es que estaré encantadamente complacido de tomar abundantemente el sol. Encantadamente, abundantemente complacido.

Pero, cuando minutos más tarde, Esterhase, April y Trevor, en el coche de éste, se alejaban, el viejo profesor no parecía tan complacido. Viajaba solo en el asiento de atrás, pensativo. Tanto, que, por fin, al detenerse ante un semáforo, Trevor se volvió hacia él, imitado enseguida por April.

—¿Hay algo que le preocupe, profesor? —murmuró Trevor.

Dicky Esterhase lo miró fijamente, y susurró:

—Yo construí Babilonia, la más hermosa de las ciudades; en los umbrales de sus puertas coloqué efigies de gigantes toros y colosales serpientes con pies; yo hice cosas que jamás había pensado ningún rey anterior a mí.

Trevor parpadeó. April tragó saliva, y susurró:

—Eso lo dijo Nabucodonosor.

—La Historia *dice* que lo *dijo* —murmuró Esterhase—. Y me pregunto: ¿cómo sería el hombre que dijo eso después de hacerlo?

—Usted no cree que encontremos ninguna escultura de él —dijo Trevor.

—Bueno, no sé. A decir verdad prefería ir a los Andes. Allí, al menos, tendría la esperanza de encontrarme con Mitxoaca.

—¿Con quién?

—¿Eh? Oh, bueno… Esto… ¡Ejem! Vaya, tenemos luz verde, joven Copperfield.

Capítulo IV

LA luz del sol resplandecía cegadoramente allá arriba, a diez mil pies de altura, y de cuando en cuando parecía arrancar gemas de fuego del fuselaje y las ventanillas del modesto pero confortable *jet* privado de Chester Madows. A las cuatro de la tarde parecía que todo el poder del sol se estuviese concentrando en el cielo de Irak, cuya tierra parda, a veces blanquecina, se veía como una gran mancha surcada por los dos grandes ríos que parecían jugar a encontrarse y separarse en la gran llanura. El Tigris y el Éufrates se deslizaban por la gran llanura mesopotámica como un arabesco salpicado de manchas brillantes, los lagos.

Muy pronto divisarían Bagdad, la ciudad de los cuentos de Las Mil y Una Noches, rodeada de terrenos arcillosos, encharcados por el paso de los dos grandes ríos, y a veces salinos. Ampliando más el círculo, vegetación desértica, áspera, cruel y pobre. Pero no en todos los lugares, pues se calculaba que en Irak había veinticinco millones de palmeras espontáneas que, dejando aparte el petróleo, producían el treinta por ciento de las exportaciones del país: ricos dátiles iraquíes.

—¿Es verdad que hay beduinos?

Trevor Copperfield dejó de mirar por la ventanilla para mirar a Carol Redling, que, en el pasillo, estaba inclinada hacia él. Debía haber estado mirando también hacia el exterior, pero no se había dado cuenta.

—En las estepas, sí —asintió Trevor.

—Tal vez tengamos problemas con ellos.

—Adónde vamos, no. No lo creo, al menos.

—Pero son gente peligrosa, ¿no es cierto?

Carol se sentó en el asiento libre junto a Trevor mientras hablaba. Él frunció el ceño, pensativo.

—No creo que nos molesten. Además, no son peligrosos: son

gente que llevan una vida muy dura. No es tan fácil, ni mucho menos, vivir en el desierto, siempre de un lado a otro. No creo que debamos temer nada de ellos, francamente.

—¿Y si nos secuestrasen a April y a mí? —sonrió Carol.

—Vaya ocurrencia —rió por lo bajo Trevor—… Aunque de ser así me parece que acabarían en un serrallo.

—¡Qué exótico! ¿Le gustaría a usted tener un serrallo, Trevor?

Éste se quedó mirándola. Luego, miró hacia los asientos vecinos. En uno de ellos Dicky Esterhase dormitaba como un bebé, con un gesto cándido en su rostro. Una fila más adelante también April parecía dormir, vuelta la cabeza hacia la ventanilla. El resplandor del sol convertía su cabellera en un caos de hilos de oro. Chester Madows estaba en la cabina, conversando con el piloto y el copiloto. El aire acondicionado del interior del aparato no impedía que el ambiente fuese de siesta.

—De mujeres gordas, no —replicó por fin Trevor.

—¿Qué clase de mujeres, entonces? —rió también por lo bajo Carol.

—Me parece que su amante y yo tenemos gustos parecidos en cuestión de mujeres —replicó un tanto rudamente Trevor.

—Oh. Bueno, ¿le molesta que yo sea la amiguita de Chester?

—No tengo por qué molestarme ni alegrarme. Es cuenta de usted.

—¿Realmente? —susurró ahora Carol, poniendo una mano sobre una de él.

Trevor miró la mano, y luego los hermosos ojos verdes de la muchacha.

—Creo que tiene edad suficiente para saber lo que hace, Carol.

—Sí, tal vez. Pero una persona siempre tiene derecho a rectificar, ¿no le parece?

—Por supuesto, siempre que la rectificación sea para bien, para mejorar. Para empeorar no vale la pena cambiar nada.

—¿Qué diría usted —susurró de nuevo Carol— si yo le dijera que he encontrado… algo que me ha hecho comprender mis errores anteriores y que me ha suscitado deseos de rectificar?

—¿Qué ha encontrado usted?

—Quizás un hombre.

—Bien, si es mejor que el señor Madows supongo que tiene

usted derecho a rectificar.

La mano de Carol Redling se deslizó una lenta caricia sobre la de Trevor Copperfield, mientras la muchacha seguía mirándole fijamente.

—¿De verdad piensa usted así? Trevor, dígame la verdad, porque…

—Me parece que estamos perdiendo altura.

Carol Redling se mordió los labios y miró hacia el exterior. Trevor volvió a hacerlo a su vez, y se estableció el silencio entre ellos. Ni siquiera un par de minutos más tarde cuando Chester Madows salió de la cabina de vuelo, y se quedó mirando a los dos, quieta la mirada, fija. Trevor y Carol le miraron, y Trevor preguntó:

—Vamos a aterrizar pronto, supongo.

—Así es —se adelantó Madows, sonriente de pronto—… A proa ya se divisa Bagdad. Espero que no se haya aburrido demasiado durante el viaje, profesor.

—En absoluto. Sólo se aburre quien tiene la cabeza hueca.

Al parecer con un esfuerzo Carol Redling soltó una carcajada. April volvió la cabeza hacia ella, abiertos los ojos, sin pizca de sueño o amodorramiento en ellos. El profesor Esterhase despertó, parpadeó, emitió un formidable bostezo, estiró sus menudos miembros… y se quedó mirando a Madows.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Otra escala?

—No, profesor. Estamos llegando al aeropuerto de Bagdad.

—¡Maravillosamente admirable! Caray, ¡qué siestecita tan estupendamente deliciosa he echado! Bueno, bueno, bueno, entonces… ¿ya llegamos a la ciudad mágica?

—A lo mejor espera usted conocer a Scherezade —rió Carol.

—Mmm… La verdad es que me tiene sin cuidado.

—¡Cómo! ¿No le gustaría encontrarse con una bellísima Scherezade?

—Soy un hombre fiel en los amores, querida —sonrió Esterhase.

—El profesor Esterhase —sonrió también Trevor— está casado, Carol.

—Exactamente acertadamente —asintió Dicky Esterhase.

Y se asumió en profundas meditaciones que en nada se relacionaban con su esposa, veraneando en el Sur de Francia, sino con la bella y dulce Mitxoaca, que acaba de formar parte de sus

sueños siesteros. Muy bien: ¿qué haría él si alguna vez encontraba en carne y hueso a Mitxoaca? ¿Eh? ¿Qué haría?… Una sonrisa de venganza pasó dulcemente por sus labios. ¿Qué harías? Pues, llevaría a Mitxoaca a presencia de su vieja y gorda esposa, y le diría: ¿Lo ves, vieja grulla? ¡Tú siempre dejándome solo, como si jamás nos hubiésemos amado, como si el amor terminase con la vejez, y aquí tienes a mi perla dorada, hecha de rayos de sol, que me ama aunque sea viejo y feo, porque ella sí, ella ha sabido ver que el amor se siente por dentro y no sólo por fuera, y ha visto mi hermoso interior de hombre sin amor, y me ha dado el suyo!… ¡Vieja bruja, te presento al amor de mi vida, Mitxoaca, princesa del sol y de los cielos andinos! ¡Grulla! ¿Acaso los demás son mejores que yo sólo porque he envejecido y…?

—Profesor… ¡Profesor!

Dicky Esterhase regresó bruscamente de su sueño romántico y vengativo.

—¿Qué? —Casi gritó—. ¿Qué pasa?

—Puede ver Bagdad a su derecha —rió Trevor—. ¡Vamos a aterrizar!

—¡Pues vaya una cosa! —farfulló el pequeño Dicky.

Media hora más tarde, cumplidas todas las formalidades, el grupo expedicionario era recibido por Waldo Korvin a la salida de la recepción de vuelos internacionales. Korvin vestía ahora deportivamente, con cierto descuido, y sin duda aparecía más natural y cómodo. En una mano llevaba un sombrero blanco de ala ancha, que parecía nuevo. Tras saludarlos a todos habló un par de minutos aparte con Chester Madows, que luego se reunió de nuevo con ellos.

—El señor Al-Malik nos ha enviado dos coches para recogernos y llevarnos a su casa —explicó—. Por lo demás, Korvin lo tiene todo preparado para partir en cuanto queramos.

—¿Y nuestros efectos personales? —preguntó April.

—Los criados de Al-Malik lo sacarán todo del avión y los llevarán a la casa en otro automóvil; no se preocupe por esos detalles, April.

—Querido, eso es imposible —rió Carol—: las mujeres tenemos que pensar en nuestros artilugios de belleza.

—¿A qué artilugios se refiere? —La miró agresivamente April.

Trevor Copperfield tomó de un brazo a April, y la apartó de allí.

—Tranquilícese —dijo sonriente—: todos sabemos que no lleva usted postizos, querida.

—¡Yo no soy su querida!

—Bueno —asintió Trevor suavemente; movió la cabeza hacia atrás—… Ella tampoco lo es, cálmese. Me alegro de no haberme casado con usted: es demasiado celosa.

—Celosa ¿de qué? —exclamó April, enrojeciendo de ira—. ¿De qué habla?

—Me pregunto —desvió sabiamente la conversación Trevor— si la casa del señor Al-Malik será algo así como un palacio de Las Mil y Una Noches de marras.

En principio no parecía que fuese a ser así, ya que en lugar de blancos corceles les esperaban, en efecto, dos flamantes *Mercedes* negros con chófer. April intentó separarse de Trevor para ocupar el que éste no ocupase, pero el joven arqueólogo la retuvo por el brazo, la metió dentro del coche casi a la fuerza, y se sentó a su lado. Dicky Esterhase entró tras Trevor, exclamando:

—¡Caray, qué calor!

—Endemoniadamente acaloradamente, cierto —dijo Trevor.

Chester Madows, con Carol y Korvin, ocuparon el otro automóvil, que se puso en cabeza para iniciar la marcha hacia la ciudad.

—De modo —dijo Esterhase— que el señor Al-Malik es en definitiva lo que Madows dijo que era. Eso es tranquilizador, ¿verdad? Me pregunto si tendrá un serrallo secreto.

—Claro que debe tenerlo —saltó April—. Evidentemente, es rico, y ningún hombre con sus posibilidades desaprovecharía una cosa así.

—En efecto —asintió con entusiasmo Trevor—. ¡A mí también me gustaría tener un serrallo!

—No me cabe la menor duda —mordió las palabras April.

—Pero eso sí —la mano izquierda apretó suavemente un muslo de April, que respingó— me buscaría una favorita digna de serlo.

—¡Quíteme la mano de encima!

—Ustedes acabarán besándose —dijo Esterhase—, pero mientras eso llega, me divierten. ¡Vaya si me he divertido con ustedes en Londres, y durante el viaje! Si las miradas echasen fuego el avión de

Madows se habría incendiado.

—¿Qué quiere decir con eso? —Le miró furiosamente April.

—Que estoy enamorado de usted —suspiró Dicky—: si en vez de rubia fuese morena sería idéntica a Mitxoaca. ¡Pero no les diré quién es Mitxoaca!

Trevor y April, que le miraban expectantes, cambiaron una mirada entre sí, casi sonrientes. Pero la sonrisa desapareció fulminantemente del rostro de April mientras exigía de nuevo:

—¡Quítame la mano de encima!

—De acuerdo. Ya he comprobado que no lleva artilugios. Se me ocurrió de pronto que quizá podía tener una pata de palo.

—¡Estúpido!

Dicky Esterhase se echó a reír. ¡Vaya si se estaba divirtiendo con aquella pareja! Aunque tal vez las cosas no rodasen de ese modo… Durante el viaje, el perspicaz anciano había captado también las miradas que le dirigía furtivamente Carol a Trevor, y eso le tenía inquieto, preocupado. En una expedición científica sólo se debe pensar en la Ciencia. Bueno, y en Mitxoaca, por supuesto.

Bagdad no impresionó ni poco ni mucho a Trevor y a Dicky, por la sencilla razón de que ya la conocían, pero *miss* Vallance se llevó una decepción más que considerable. No muy limpia precisamente, y con dos millones de habitantes, la vieja ciudad, mezclada con los horrendos modernismos, no recordaba ni mucho menos al fastuoso Harum Al-Raschid. Automóviles ruidosos, riadas de gente en todas partes, el rumor constante flotando como una pesada capa hinchada de calor… El río Tigris la cruzaba con lentas aguas marrones en las que se veían embarcaciones pequeñas, muchas de ellas provistas de viejas velas mustias. No sería allí donde alguien encontrase una princesa Scherezade… ni de ninguna otra clase.

«En cambio, en los Andes…», pensó Dicky Esterhase.

—¿Quiere que le compre un velo? —oyó preguntar a Trevor.

—¿A mí? —Le miró Dicky.

—¡No necesito ningún velo! —aclaró la situación April, a quien, evidentemente, iba dirigida la pregunta.

—Ya lo creo que sí —insistió Trevor—. No me parece conveniente que el señor Al-Malik le vea la cara, con esa expresión tan enfadada. Podría pensar que no le gusta a usted Bagdad.

—¡Pues no me gusta!

—Tendré que comprarle el velo.

—¿Quiere hacer el favor de dejarme en paz? ¡Soy su ayudante, no su juguete!

Trevor miró a Esterhase por delante de April, y le guiñó un ojo. El viejo arqueólogo enseñó los dientes carcomidos de pipa, y correspondió. April adoptó una expresión de furioso hermetismo.

Cruzaron el Tigris por el Puente de la República, hasta la plaza del Monumento a la Independencia, con su parque público de hermoso colorido, eso tuvo que admitirlo incluso April. Giraron a la derecha en la calle
Sa'Dun,
y subieron hacia la de Nidal, donde estaba el Parque
Sa'Dun,
junto al cual vivía el señor Yabra Al-Malik, en una hermosa casa con jardín delante, con palmeras y hermosas flores que April se quedó mirando atónita. Al fondo del jardín, la casa, con una blanca columnata. La grava del sendero crujió bajos los neumáticos de los dos *Mercedes*.

El viaje había sido corto, pues el aeropuerto estaba prácticamente dentro de la ciudad, cruzado por la calle de Damasco. El aire era caliente y seco, y April lo sintió como si la estrujase cuando abandonó el interior del climatizado automóvil. Del que les precedía se habían apeado ya sus ocupantes, y Chester Madows trotaba hacia la columnata con la mano tendida, hacia el gigantesco árabe de espesa barba grisácea que sonreía mostrando una dentadura sencillamente perfecta y hermosa…

Trevor se inclinó hacia April, y susurró:

—Y no viste chilaba, ni nada de eso. ¡Y es que ya no se respeta ni el folklore, querida!

—Es un sujeto interesante —murmuró Esterhase, mirando al barbudo.

Madows estaba presentando a Carol Redling, y enseguida les hizo señas a ellos, que ya se acercaban. Los presentó al correcto y muy cortés señor Al-Malik, cuya negra mirada le pareció a April de fuego al fijarse en ella. Sin embargo, los europeos modales de Al-Malik eran impecables, y su inglés no podía ser más perfecto y académico. Sin ampulosidades ni tipismos cinematográficos aseguró que su casa era de sus invitados, que esperaba de todo que así lo

considerasen y que cualquier cosa que la torpeza de sus criados hubiese omitido la pidieran inmediatamente.

Las cortesías y conversaciones de circunstancias duraron todavía otros cinco minutos y, finalmente, los invitados fueron conducidos a sus respectivas cámaras, adónde ya habían sido llevados sus equipajes personales, con lo que quedó demostrada la diligencia de los criados de Al-Malik. En el aposento de April Vallance esperaban dos lindas muchachas iraquíes de grandes ojos sonrientes y dulces, cuya diligencia resultó también admirable. Hablaban una sorprendente mezcla de inglés, francés y árabe que en los primeros minutos desconcertó a la maravillada rubia británica. Su aposento era amplísimo, blanco en todos los detalles, y en las curvadas ventanas aparecían floridas trepadoras que se recortaban contra el cielo brumoso, pero indiscutiblemente azul. Había un cuarto de baño anexo, de mármol blanco y azul que dejó boquiabierta a April, sobre todo la bañera circular, que parecía una pequeña piscina con dos escalones. Una ventana ojival ofrecía miles de flores rojas y amarillas y azules. Las persianas eran tan blancas que parecían de nata.

Una de las muchachas le estaba diciendo algo a April, y cuando ésta comprendió la sugerencia la aceptó en el acto: ¡por supuesto que deseaba bañarse, claro que sí!

Y en eso estaba, rodeada de fragante espuma de gel importado de París cuando Trevor H. Copperfield entró en el cuarto de baño, dejando tras él las risas de las dos sirvientas de April, que emitió un gritito y miró alrededor velozmente, en busca de algo con qué ocultar su cuerpo.

—No se ponga nerviosa —dijo Trevor, sentándose en un blanquísimo taburete, que no era de nata, puesto que resistió su peso—. La espuma cubre sus formas aceptablemente.

Era más bien mentira. En realidad, podía ver perfectamente casi todo el cuerpo de April, que sólo tuvo el recurso de cruzar sus brazos ante el pecho mientras protestaba:

—¿Qué hace usted aquí?

—En mi habitación no hay jabón. ¿Puede prestarme el suyo? También deseo bañarme.

—¡Claro que en su habitación tiene que haber jabón!

—Lo buscaré mejor —sonrió Trevor Copperfield—. Oiga, así

desnudita, con el cabello recogido y los pechos adornados con espuma, está usted preciosa.

—Haga el favor de salir de aquí. ¡Usted no es usted!

Trevor se desconcertó de verdad.

—¿Qué?

—¡Que usted no parece el mismo profesor Copperfield que conozco!

—¡Ah, ya! Bueno, querida, admita que usted tampoco parece la misma *miss* Vallance modosita y de ingenua mirada contemplando fascinada a su profesor de piedras.

—¡De piedras! ¡Y yo no le contemplaba *fascinada*!

—Me parece que he ganado una secretaria pero he perdido una bobalicona alumna admiradora. En fin, no se puede tener todo en la vida. Siga bañándose: dentro de poco, un baño será un sueño para todos nosotros.

—Ya lo sé.

Trevor asintió, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño. Pareció recordar algo de pronto, y se volvió.

—Ah, una cosa… No es que tenga mucha importancia, pero más vale comentarla: cuando el señor Al-Malik la mire a los ojos, no desvíe *nunca* la mirada.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Hágase usted cuenta de que la mira cualquier amigo suyo londinense. Converse con él con naturalidad, mírele a los ojos, que él recuerde en todo momento que es usted una mujer británica. Si desviase la mirada podría sugerir una cierta sumisión… que tal vez provocaría erróneos, pensamientos en la mente de nuestro anfitrión. ¿Me ha entendido?

—Creo que sí. ¿Quizá el señor Al-Malik tendría la idea de incluirme en su serrallo secreto?

—Podría ser así.

—¿Y si a mí esa idea me atrajera? —sonrió April.

—Le propinaría una zurra en el culito y se la enviaría envuelta en celofán a papá Vallance a Dover.

—De modo que ha venido a advertirme de eso. ¿Por qué? ¿Acaso le preocupa a usted mi futuro?

—En absoluto —dijo Trevor—: su futuro ya está decidido, querida.

—¿Que mi futu…? ¡Oiga! ¡Vuelva aquí! ¿Qué ha querido decir con eso?

Pero el profesor Copperfield ya había abandonado el cuarto de baño.

Hacia las nueve de la noche, tras una cena que no podía ser más inglesa, los invitados fueron conducidos por el señor Al-Malik a un salón que se abría a la parte de atrás de la casa, hacia el interior de la irregular manzana, y donde por entre aromas de flores se oía «cantar» el agua de un surtidor de nívea blancura.

Muy poco después, un criado condujo hasta allí a Waldo Korvin, que llegaba acompañado de un árabe de gran nariz, pequeños ojos negrísimos, barba tan negra como los ojos, y unas cejas espesas que sugerían un murciélago cabalgando sobre su narizota. Vestía a la europea, pero llevaba un fez en la mano. Su aspecto en general tosco y su expresión más bien retraída, pero su negra mirada era viva, aguda, perforante. No tendría más de cuarenta años.

Habló en primer lugar con Al-Malik, en árabe, sólo unas pocas palabras. Al-Malik asintió, y lo presentó, pese a que todos habían comprendido ya de quién se trataba: el guía turístico y arqueólogo autodidacta Nazik Ajras. Hubo un cambio de forzadas cortesías, y finalmente Al-Malik dijo:

—Bien, profesor Copperfield, a partir de este momento Nazik está directamente a su disposición. Hable con él todo cuanto desee antes de que la expedición se ponga en camino. Aunque creo que esto puede esperar hasta mañana. Señorita Vallance: ¿no le gustaría dar un paseo en mi compañía por mi perfumado jardín?

April miró de reojo a Trevor, que estaba encendiendo un cigarrillo, impávido. Sonrió simpáticamente, con desenvoltura de chica londinense.

—Me gustaría muchísimo —admitió—, pero la verdad es que estoy muy cansada, y salvo que el profesor Copperfield me necesite para algo preferiría retirarme a descansar… ¿Profesor?

Trevor expelió el humo del cigarrillo.

—Claro que no, querida, por hoy es suficiente. Buenas noches.

April se puso en pie.

—Buenas noches a todos —murmuró.

A la tarde siguiente, Trevor, Dicky y April se reunieron en un

saloncito de la casa, sobre cuya alfombra extendió Copperfield varios mapas geográficos y arqueológicos. Se había pasado el día hablando con Nazik Ajras y consultando ambos precisamente aquellos mapas, uno de los cuales, no poco mugriento, no hacía falta explicar que era propiedad del iraquí.

Sentados sobre la alfombra los tres, April y Esterhase esperaban las explicaciones de Trevor.

—Bien —dijo éste—, nuestro guía no es un hombre fácil de tratar, ni demasiado locuaz, pero una cosa es cierta: él está convencido de que vamos a dar con algo tan grande que la noticia será como un bombazo en el mundo científico. Así pues…

—¿De dónde proviene esa certidumbre de Nazik? —preguntó Esterhase.

—No ha sido demasiado explícito. Me ha dicho que él agarró el extremo del hilo conversando con unos nómadas de esos que viajan en camello.

—¿Quiere decir que todavía hay camellos, de verdad? —preguntó April.

—Así parece —sonrió ceñudamente Trevor—. Evidentemente, los nómadas en cuestión no tenían ni idea de lo que le estaban diciendo a Nazik, simplemente le hablaban de lo que hablan visto hacía tiempo: una piedra de aristas agudas sobresaliendo en cierto lugar del desierto. Si la piedra hubiera sido de cantos erosionados, como todas, ni siquiera la habrían visto, pero era de cantos agudos, así que la miraron, y eso fue todo. Tiempo después, comentaron eso con Nazik, extrañados, pero, según Nazik, más por hablar de algo que por interés hacia la piedra.

—Una piedra que puede ser una esquina de una enorme losa —deslizó April.

—Podría ser —asintió Trevor, mirándola.

—¿Y no ha sido vista por nadie más que por esos nómadas, hasta ahora? —susurró Esterhase—. Me parece sencillamente imposible. Estamos hablando de un lugar cerca de Babilonia, ¿no es así, Trevor?

—Relativamente cerca. Si hablamos desde Londres, sí, el lugar está cerca de Babilonia. Pero si hablamos desde las ruinas de Babilonia todo es ya más relativo. La zona en cuestión está aquí —señaló uno de los mapas—… Al pie de las estribaciones desérticas

de Al Wadiyan, y relativamente cerca de la frontera con Arabia Saudí. Partiremos como si nos dirigiéramos a Babilonia, pero la dejaremos atrás, cruzaremos el Éufrates siempre hacia el Sur, y dejaremos también atrás la localidad de Ar Najaf. A partir de aquí nos desviaremos hacia el Sudeste, y viajaremos por la región comprendida entre dos ríos de corrientes periódicas que actualmente están secos. Esos ríos, por supuesto afluentes del Éufrates, son el Khirr y el *Sha* Ib Hasb. Esa región comprendida entre ambos ríos al Sur de Ar Najaf, es… incómoda, ciertamente. Además de desértica y montañosa tiene pequeños desiertos de arena que pueden convertirse en un infierno si sopla el *chamal*, lo que según Nazik no debería sorprendernos.

—¿Qué es el *chamal*? —preguntó April.

—Vientos desecantes que llevan en suspensión polvo y arena… Vientos que no impiden que a la sombra la temperatura pueda alcanzar los cientos cincuenta grados centígrados.

—Dios mío… ¿Qué será de mi cutis?

Los dos profesores miraron atónitos a April, pero enseguida ambos sonrieron, y Esterhase comentó:

—Es bueno tener sentido del humor. ¿Verdad, Trevor?

—Deberemos tenerlo —asintió Trevor—. Y mucha fe y confianza en Nazik. El problema principal estriba precisamente en que si soplan esos vientos el polvo y la arena podrían ocultar esa esquina de losa… si no la han ocultado ya. O, por el contrario, quizá la vayan desnudando más y más, lo que nos lleva a la esperanzadora teoría de que si antes no ha sido vista esa piedra ha sido debido a que estaba oculta por la arena, y que ha sido el *chamal* la que la ha dejado parcialmente al descubierto tras siglos y siglos de soplar en la zona. Podría ser, ¿no?

—Como poder ser, podría —refunfuñó Esterhase.

—Es por lo único que todo nos parecería con sentido. Siglos y siglos de *chamal* han desenterrado algo que hasta ahora estaba oculto bajo polvo y arena. Puede haber ocurrido perfectamente, y nosotros no vamos a desdeñar esa posibilidad.

—Claro que no. ¿Qué extensión tiene la zona?

—Unos cien kilómetros de largo, hasta la frontera con Arabia, y unos cincuenta de ancho. En la frontera arábiga hay una localidad llamada

Al Ma’aniyah,
a la que podríamos llegar si las circunstancias nos fueran empujando cada vez más lejos de Ar Najaf y Babilonia…

—¿Las circunstancias son el *chamal*?

—Podrían serlo. Desde luego no vamos a dar un paseo por Hyde Park, así que debemos hacernos a la idea de toda una serie de molestias e incluso de riesgos. De todos modos, Nazik conoce bien la zona, así que iremos sobre seguro. Y, en cualquier caso, si el apuro fuese extremo, el señor Al-Malik dispone de un helicóptero al que podríamos llamar por la radio de campaña, y acudirían en nuestra ayuda rápidamente. Sin embargo, debemos evitar eso, recurrir al helicóptero, pues éste podría ser fácilmente divisable sobre esa zona, y nosotros queremos que cuantas menos personas sepan que estamos allá, tan relativamente lejos de Babilonia, mejor.

—Cerca de Babilonia, lejos de Babilonia —murmuró Esterhase— … Lo seguro es que no vamos a un sitio cómodo.

—Puede ser cualquier cosa menos eso —asintió Trevor—. Pero nosotros no nos importan las incomodidades, ¿verdad, profesor?

—¡A mí tampoco! —saltó April.

—Tendremos que conseguirle leche de burra cuando todo esto termine, para que repare los desperfectos de su cutis —sonrió Trevor—. Sería una fea jugada por su parte rehusar ahora, April, pero no puedo impedirle que lo haga.

—Llegaré a donde llegue usted… ustedes.

—Deliciosamente admirable —dijo Esterhase—. Una última cosa, Trevor: ¿de dónde ha sacado Nazik Ajras la idea de que esa esquina de losa puede tener algo que ver con un… depósito de esculturas de los reyes babilónicos? ¿Acaso ha visto algo que se lo sugiera, quizá una inscripción en la piedra…?

—No. Es una… teoría suya.

—¿De Nazik? ¡Dios nos ampare! ¿Qué teoría?

—El éxodo babilónico cuando Jerjes destruyó la ciudad para siempre.

Dicky Esterhase parpadeó lentamente. April se quedó mirando a Trevor con los ojos muy abiertos, mientras la Historia se proyectaba en su memoria de magnífica estudiante. Babilonia había sido destruida muchas veces, hasta que el príncipe caldeo Nabopolasar creó el nuevo imperio babilónico, y comenzó la construcción de la

Etemenanki, mundialmente conocida como la Torre de Babel, que al parecer fue terminada por Nabucodonosor en el año 570 a. C… Pero fue destruida sucesivamente, junto con la ciudad de Babilonia, y vuelta a reconstruir… hasta que Jerjes la destruyó *para siempre*, la arrasó. ¿Era inadmisible la teoría de un gran éxodo durante el cual, ya que no podían llevarse la *Etemenanki*, los babilonios se llevaran las esculturas de sus reyes para salvarlas de la total destrucción a las manos de Jerjes? Entonces, pudieron ir hacia el Sur, cargados con esculturas y piedras sagradas con inscripciones, que *tal vez* escondieron, sepultándolas bien hondo a la espera de su recuperación, que jamás pudieron conseguir.

Y ahora, siglos y siglos de *chamal* podían ofrecer esas joyas arqueológicas al mundo. Al mundo del siglo XX después de Jesucristo.

April Vallance se relajó, y soltó un fuerte suspiro.

Esterhase preguntó:

—¿Sabe Nazik dónde está exactamente esa piedra que sobresale?

—Casi exactamente. No hace mucho de eso, y él solo no ha encontrado los medios adecuados para una exploración. Fue por eso que recurrió a Korvin. Tendremos que buscar por la zona a partir de las explicaciones que los nómadas dieron a Nazik, desde luego, y no será fácil.

—No, no lo será.

—Pero *hemos* de hacerlo —exclamó April—, ¡Dios mío, somos arqueólogos, no podemos rechazar una ocasión como ésa ni aunque nos vaya la vida en ello!

—¿Qué le parece? —Guiñó un ojo Trevor a Esterhase—. La señorita Vallance acaba de adjudicarse el título de arqueólogo.

—He… he querido decir que lo son ustedes, pe-pero… p-pero yo… ¡yo también me siento arqueóloga! ¡Quiero encontrar esa piedra!

—No hay quien entienda a las mujeres —dijo Trevor—: ¿a quién se le ocurre, sino a una mujer, alejarse de Carnaby Street para venir a buscar piedras en un desierto?

—Mi mujer nunca habría hecho eso —gruñó Esterhase.

—¿Y Mitxoaca?

—¡Ah, ella sí que…! ¿Quién es Mitxoaca?

—Usted sabrá —rió Trevor—. Y espero saberlo yo también algún

día, a menos que nunca llegue a considerarme su amigo y que…

—¿Cuándo salimos? —le interrumpió April—. ¿Cuándo?

—Mañana, querida. No tiene objeto seguir en Bagdad.

Capítulo V

A primera hora de la mañana siguiente los expedicionarios se dirigieron a las afueras de la ciudad, donde esperaba Waldo Korvin en compañía de Nazik Ajras, el resto de personal que trabajaría en las excavaciones, y el material de transporte y trabajo. Había cuatro grandes camiones, dos de ellos con material, uno con cubas de agua y el equipo de radio, y el otro con víveres y las tiendas que se montarían en el desierto. Tres *Land Rover*, dos de los cuales portaban en la parte de atrás una motocicleta sólidamente asegurada. Y todavía otro camión, éste más pequeño, en el que viajaría el personal de excavaciones.

Y había algo que fue una pequeña sorpresa para todos y el pasmo de su vida para el profesor Dicky Esterhase: una muchacha bellísima, de rostro aceitunado y de perfecto óvalo, grandes ojos negrísimos, y una cabellera no menos negra, larga y lustrosa como un jirón de noche. Vestía tejanos, una blusa roja, y zapatillas deportivas amarillas. Era como un cromo antiguo restaurado, de tal belleza que incluso el desdeñoso Chester Madows quedó atónito. Pero el que estaba como alucinado era Dicky Esterhase, que nada más verla al apearse del automóvil se quedó inmóvil y hechizado.

Como si la voz de Korvin llegara de muy lejos escuchó la explicación que el aventurero dio a Trevor:

—Es la hija de Nazik, que no ha querido dejarla sola demasiado en Bagdad. La muchacha apenas tiene diecisiete años, y Nazik se ha presentado con ella esta mañana. De verdad que yo no sabía nada de esto, profesor.

Trevor miraba amablemente a la muchacha, pero dijo:

—En mi opinión, Korvin, ya viene demasiada gente que no tiene nada que hacer en la expedición. ¿No habría modo de convencer a Nazik para que dejara su hija en Bagdad, con su madre o algún pariente o amigo?

—No tiene madre, ni parientes, y Nazik no se fía precisamente de sus amigos. Bueno —sonrió Korvin—, hay que comprender a Nazik, profesor: la chica es preciosa, y Bagdad está llena de tentaciones y mentiras, como todas las ciudades grandes. La chica se llama Zaida… y Nazik dice que si ella no viene él tampoco. Así de exigente. Por otra parte, según Nazik, su hija prepara muy bien el té.

—Convincente argumento —se resignó Trevor—. Bien, de todos modos no vamos al fin del mundo, sino apenas a trescientos kilómetros. Si la muchacha nos crea dificultades la devolveremos a Bagdad, le guste o no a Nazik.

—No creo que sea ella la que cree problemas —murmuró Korvin, mirando de reojo hacia Carol Redling, que miraba con cierta hostilidad a Zaida.

—Esperemos que no los cree nadie —replicó Trevor—: cuando trabajo suelo tener mal carácter. Bien, partamos.

Se volvió hacia April y Esterhase, y tomó el brazo a éste, que seguía paralizado de estupor. Lo llevó hacia el *Land Rover* que ocuparían él, Esterhase y April además del conductor, y lo metió dentro casi en volandas. La mirada de Esterhase estaba vuelta hacia el *Land Rover* en el que se acomodaban Korvin, Nazik y su hermosa hija. De pronto, Esterhase suspiró profundamente, y dijo:

—No está en los Andes…

—¿Qué? —preguntó April.

—Dios mío, existe, pero no está en los Andes… ¡Está aquí!

—¿Quién?

—Mitxoaca, mujer —se echó a reír Trevor—. ¿No es así, profesor?

—Debo… debo seguir soñando…

—Ah, de modo que tiene esa clase de sueños. Abrumadoramente estimulante. Por cierto, la muchacha se llama Zaida.

Esterhase le miró vivamente, encolerizado, y exclamó:

—¡Claro que no se llama así!

Trevor Copperfield movió la cabeza con un gesto afectuoso. La expedición se puso en marcha.

La primera mitad del camino, algo más de ciento cincuenta kilómetros, no tenía dificultad alguna, pues la carretera principal que iba hacia el Sur permitía un viaje cómodo y rápido. Pasaron

cerca de las ruinas de Babilonia, a las que no concedieron la menor atención, pues sabían sobradamente que ya la zona era sólo de interés para turistas. Cruzaron luego la zona pantanosa entre el Tigris y el Éufrates, dejaron éste a sus espaldas, alcanzaron Ar Najaf, y la dejaron también atrás. El camino comenzó a ser malo. El sol parecía un torbellino de fuego amarillo, y cuando se detuvieron para almorzar frugalmente tuvieron que cobijarse a la sombra de los camiones. El personal para las excavaciones estaba muy animado, pese a que ninguno de ellos sabía qué iban a buscar exactamente. Había dos ingleses y un italiano, los tres de malas pulgas, entre ese personal, y su ascendencia sobre el resto era evidente, pero eso no preocupó a Trevor. Al contrario, pensó que esos tres hombres podrían dirigir pequeños grupos durante las excavaciones. El italiano era menudo, moreno, y hablaba el árabe mejor que el inglés.

Se habían detenido cerca de un pequeño lago medio seco que era un ensanchamiento del Sah Ib Hasb en su curso hacia el Éufrates, y Carol Redling, que traspiraba copiosamente, comentó:

—Sería estupendo poder darse un baño. Estoy empapada de sudor.

—Esto es como una sauna —dijo April, mirándole cándidamente —… Le irá bien a usted para perder unos cuantos kilos.

—¿Qué quiere decir? —Alzó la voz Carol.

—Todos perderemos un poco de peso —dijo Trevor—. Incluso April.

—Oh, no creo —sonrió *miss* Vallance—: yo no estoy gorda.

—¿Por qué demonios no se callan? —Gruñó Chester Madows—. ¡No comprendo que tengan ganas de hablar, con este maldito calor!

—Escucha, Chester, esta nena universitaria me ha llamado gorda…

—¡Cierra el pico! —aulló Madows.

Lo que hizo Carol fue morderse los labios, y, desde luego, permanecer en silencio. Trevor miraba inexpresivamente a Madows. Si alguien sudaba de verdad allí era Madows; parecía una esponja empapada que estuviesen apretando. Una esponja blanca en la que destacaba su rostro ya enrojecido tan sólo por el resol. Mal lo iba a pasar el señor Madows, mal.

Después del almuerzo, y considerando la buena marcha que

habían llevado hasta entonces, Trevor decidió que sería conveniente descansar un par de horas, más que nada para dar tiempo a que el sol perdiera altura y rabia. El sol, allá, era simplemente una locura de fuego.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando reemprendieron la marcha. El terreno aparecía a cada instante más desértico, a medida que se alejaban de la margen derecha del Éufrates. A lo lejos, como metidos entre ardientes cristales móviles, comenzaron a divisar montes pardos. A las seis de la tarde habían cubierto cerca de trescientos kilómetros, los últimos cien francamente molestos. En el horno iraquí flotaba como una neblina de polvo.

El *Land Rover* de Nazik, que iba en cabeza, se detuvo a un lado de lo que ya ni siquiera merecía el nombre del camino, esperando el paso del de Trevor, a cuyo conductor hizo señas para que se detuviera.

—¿Qué ocurre, Nazik? —se interesó Trevor.

—Pequeño *chamal* —refunfuñó el guía, señalando hacia delante —. No tenemos suerte. Pero yo intentaría seguir: nos faltan apenas cincuenta kilómetros para el lugar que tengo pensado para el campamento.

—Muy bien. Si usted cree conveniente seguir, hagámoslo.

Nazik asintió, y ocupó de nuevo la cabeza de la marcha.

Esterhase miró hoscamente a Trevor.

—Todas las mujeres son iguales —refunfuñó.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Trevor.

—Se refiere —explicó April— al modo en que la hija de Nazik le ha estado mirando mientras usted hablaba con él. ¿No se ha dado cuenta?

—No.

—Pues el profesor y yo sí. ¡Se lo comía con los ojos!

—Claro que no —rechazó Trevor—. A quien miraba era al profesor.

—¿A mí? —Respingó Esterhase—. ¿Está seguro?

—Hombre, claro.

—¿Y por qué habría de mirarme a mí?

—Quizá Zaida es una chica inteligente y sensible.

Esterhase quedó boquiabierto. La marcha proseguía. El menudo profesor cerró los ojos, y en su mente apareció la imagen de un

oasis atestado de palmeras y cactus en flor, con su manantial de aguas transparentes. No había más que desierto ardiente alrededor del oasis, y encima el cielo azul refulgente y nítido. Zaida… No, Mitxoaca… Bueno, Zaida, estaba desnuda bañándose en el manantial, y cantaba una dulce canción. Dicky Esterhase estaba sentado en el borde del manantial, y la miraba extasiado. La cintura de Zaida era delgadísima y esbeltísima, su cuerpo parecía una palmera vibrante; sus pechos eran menudos, tersos y sólidos, rematados por pezones oscurísimos que se proyectaban como pequeñas pirámides; el vientre parecía de seda.

«—Dicky —decía Zaida—, ven a bañarte.

»—No, prefiero mirarte.

»—Si no te bañas para quitarte el polvo del desierto no te permitiré luego que me hagas el amor. Ven aquí conmigo, y te besaré y te abrazaré como nunca nadie te abrazó. Ven, Dicky.

Y allá que iba Dicky Esterhase veloz como un gamo hacia el manantial, donde retozaba con Zaida, la pequeña diosa de sus amores iraquíes, cuya carne tersa y fresca, de tono aceitunado, ardía poco después en el abrazo de sexo y de amor entregándose al pequeño Dicky Esterhase… Ella era deliciosa, apasionada, vehemente, y en una tarde de sol enfurecido, a la sombra de palmeras y flores de cactus, le ofrecía la dicha inigualable de sus doscientos cincuenta orgasmos, es decir, muchos, muchos más que la vieja grulla en toda la vida, en todos aquellos cuarenta años de matrimonio… Sí, reflexionó Esterhase, la vieja grulla había salido a orgasmos por año de matrimonio. Era siempre como una vieja vaca inmóvil que…

—¡Trevor, mire allá!

La voz de April le arrancó de su idilio en el oasis. Abrió los ojos, y se asustó. ¿Tanto tiempo había estado evadido de la realidad? ¡Había llegado la noche…! Pero no. Claro que no. Simplemente, estaban atravesando una nube de polvo que emitía un leve silbido. Una nube que, a ras de tierra, oscurecía la luz del sol.

—¿Qué he de mirar? —preguntaba Trevor.

—¡He visto un camello con jinete!

—No diga tonterías —farfulló Trevor.

—¡Le digo que lo he visto! ¡Ha sido… como una sombra! ¡Se movía!

—Habrá sido un espejismo.

—Yo no veo espejismos.

—Escuche, cualquiera puede ver espejismos en el desierto, ¿sabe? No hay nadie especial en ese sentido.

—He visto un camello con jinete.

—Será mejor que deje de mirar. Protéjanse los ojos.

¡Profesor!

—¿Qué?

—¡Qué se proteja los ojos!

—Bueno.

Y Dicky Esterhase cerró los ojos y regresó al encantador oasis donde viviría siempre, siempre, siempre, llevando una vida de eterno amor con la bella y juvenil Zaida.

Eran casi las ocho cuando la expedición se detuvo en el lugar que indicó Nazik, y los hombres comenzaron a montar las tiendas. El *chamal* había sido breve y suave, pero todos estaban como rebozados en polvo. Chester Madows maldecía de un modo espantoso, sin importarle en absoluto las miradas que le dirigían los demás.

Trevor se llevó aparte a Korvin y a Nazik.

—La señorita Vallance vio antes un camello con jinete —dijo.

Korvin hizo un gesto entre fastidiado e incrédulo. Nazik preguntó:

—¿Uno solo? ¿No varios? ¿Uno solo, seguro?

—Uno solo.

—¿De cuántas armas disponemos? —Miró Nazik a Korvin.

—Tres rifles y algunos revólveres.

—Pondremos una guardia armada en torno al campamento.

—¿Y eso por qué? —Gruñó Korvin—. Nadie va a molestarnos, Nazik.

—Si la señorita Vallance hubiera visto «varios» jinetes no me preocuparía. Podríamos habernos cruzado con una caravana, un grupo de nómadas, cualquier cosa, pero por aquí nadie viaja solo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que si había a la vista un solo jinete había más en otros puntos, y la señorita Vallance no los vio. Ni nadie. Pero ellos a nosotros sí. Nos vigilaban, por separado, cubriendo nuestra ruta. Y eso no me gusta.

—Maldita sea —se irritó Korvin—. Está bien, me encargaré de montar la guardia para esta noche. Pero es absurdo.

—No —dijo simplemente Nazik.

Era prácticamente de noche cuando el campamento quedó montado provisionalmente para la primera noche. Pero Nazik se mostraba satisfecho, pues había conseguido sus propósitos de alcanzar el lugar que sería campamento central de la expedición.

El frescor de la noche calmó los ánimos de todos, incluso de Chester Madows, que dejó de maldecirse a sí mismo por haber aceptado las indicaciones de Yabra Al-Malik para formar parte de la expedición. Cenaron tranquilamente, pero sin mucho apetito. Zaida preparó té que mereció la aprobación de todos, especialmente de Esterhase, que cuando la muchacha se alejó la siguió con su pasito menudo y comenzó a hablar con ella. Hasta el grupo dirigente de la expedición llegó la risa de Zaida, como un viento alegre y fresco. Nazik miró hacia ambos, apareció un gesto de perplejidad en su rostro, y luego encogió los hombros: no sería aquel vejete quien le robase o sedujera a su hija. Todo tiene una mínima lógica en esta vida.

En esto abundó Madows más tarde, cuando se negó rotundamente a que las tres mujeres compartieran una tienda solas y él pasara a instalarse con Trevor y Esterhase en otra. De eso ni hablar. Él quería una tienda para él y Carol, y se acabó. Los dos solos, naturalmente. Trevor intentó disuadirle, pero Madows comenzó a mostrarse francamente desagradable. Al final, mientras el personal se distribuía a su gusto en otras tiendas, Madows se salió con la suya, y se encerró a solas con Carol Redling en una; Nazik y Zaida ocuparon otra, y Trevor, April y Dicky Esterhase otra más.

—Pero supongo —dijo April mirando a Trevor— que saldrán ustedes cuando tenga que desnudarme para ponerme el pijama.

—Yo no —dijo Trevor.

—¡Ya lo creo que sí! —aseguró ella, empujándole.

Trevor Copperfield despertó de pronto, y en el acto se llevó un considerable sobresalto: tuvo la súbita sensación de hallarse en un lugar extraordinario lleno de «luz oscura». Tardó sólo un par de segundos en captar la realidad, ayudado por anteriores experiencias: estaba dentro de la tienda, pero la luna llena la iluminaba, y el resplandor traspasaba suavemente la lona. Dentro

de la tienda todo era como azul blanquecino.

Se sentó en el catre de campaña, y se quedó mirando a April, que dormía boca arriba. El silencio era tal que oía perfectamente su respiración. A su espalda ahora, la de Esterhase. Se inclinó sobre el rostro de April, y se quedó mirándolo; parecía como de piedra turquesa. Se inclinó todavía más, y puso sus labios sobre los de la muchacha. Ella no reaccionó, siguió respirando, echando su aliento a la boca de Trevor. Éste se irguió, y salió de la tienda, sonriendo.

La luz de la luna pareció envolverle. Una luz resplandeciente, suficiente incluso para leer. El silencio era total, absoluto: de ese silencio que se dice que se oye, y que era bien cierto allí.

Para su sorpresa, Trevor divisó a Waldo Korvin unos pasos más allá, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y fumando. Se acercó a él, Korvin le miró, y Trevor captó la tensión en sus facciones. Se sentó junto a él.

—¿Ocurre algo, señor Korvin? —susurró.

La mirada de Korvin era terriblemente fija.

—Tenía esperanzas de que todo me saliera bien esta vez, profesor. Y precisamente usted lo está estropeando.

—No comprendo de qué me habla —parpadeó Trevor.

—Toda mi vida he sido un canallita de poca monta, siempre a las órdenes de sujetos como Madows, desaprensivos del dinero, del gran dinero. Nunca me importó demasiado, mis granujerías han sido pequeñas. Abundantes, pero pequeñas. Excepto una vez, que maté a dos hombres, en Trípoli… pero fue en tales circunstancias que incluso las autoridades de allí dejaron de molestarme en cuanto supieron lo sucedido. En realidad, profesor, soy lo que se llama en términos claros un hombre de mala leche.

—Yo también tengo mal carácter a veces —sonrió desconcertado Trevor.

—No es lo mismo tener mal carácter que mala leche, créame. Mire, estoy empezando a cansarme de esta vida, ¿sabe? Estaba pensando en retirarme de ella con un gran triunfo: hacerle la puñeta a Madows en representación de todos los granujas como él. Y entonces aparece usted.

—Sigo sin comprender.

—Me estoy refiriendo a Carol. Me enamoré de ella en cuanto la vi, hace unos meses, y no he podido olvidarla. En estos momentos

estaba odiando con toda mi alma a Madows… y a usted. A él, porque la tiene. A usted, porque ha aparecido en el momento menos oportuno de todos, cuando parecía… parecía que Carol, en Londres, empezaba a escuchar mis proposiciones para que ambos dejásemos a Madows y nos fuéramos a vivir juntos. Pero aparece usted, y ella se encapricha del interesante profesor de arqueología. ¡Maldito sea, profesor!

—Tranquilícese, ¿quiere? —Gruñó Trevor—. Yo no tengo la culpa de los caprichos de Carol. Además, si usted la quiere todo lo que tiene que hacer es romperle la cara a Madows y llevársela. Pero a mí no me meta en eso, ¿de acuerdo?

—Ella no querría ahora venirse conmigo, estando usted.

—Si eso es lo que le preocupa, me encargaré de hacerle comprender a Carol que no me interesa en absoluto. Escuche, esto es una expedición científica, yo mando en ella, y no quiero líos de índole personal. Yo he venido aquí a trabajar en mi profesión, y punto. ¿Está claro?

—¿A usted no le interesa Carol?

—Usted no ve más allá de sus narices —masculló Trevor.

El gigantesco Korvin seguía mirando con terrible fijeza al profesor de arqueología. Abrió la boca, dispuesto a decir algo, y justo en aquel momento sonó el solitario disparo y se oyó el grito de dolor, a unos cien metros del campamento.

Capítulo VI

WALDO Korvin reaccionó en el acto, poniéndose en pie de un salto agilísimo. Alrededor de ellos sonaron enseguida varios disparos más, se oyeron gritos, más disparos…

—¡Pero qué demonios…! —aulló Korvin.

Una voz llegó, crispada, desde el lago de plata que la luna parecía crear en torno al campamento. Se distinguió el nombre de Korvin, y apareció un hombre corriendo, con un rifle en alto. Tras él sonaron varios disparos, y el hombre saltó en el aire y cayó rodando por el suelo. Waldo Korvin echó a correr hacia él sin vacilar ni un instante, seguido por Trevor. El campamento entero se había despertado, todo eran gritos y ruidos. Otros dos hombres aparecieron corriendo hacia el campamento, perseguidos por zumbantes balas.

—¿Qué ha pasado, Nayafi? —gritó Korvin al herido, que le miraba con los ojos muy abiertos.

El hombre habló rápidamente en una mezcla de inglés y árabe, y Korvin se irguió vivamente, mirando a Trevor.

—Nos atacan —jadeó—… ¡Vuelva a su tienda, profesor!

—Un momento. Yo…

—¡Vuelta a la tienda! O mejor, vaya al camión donde está el resto de las armas y distribúyalas. ¡Corra!

Trevor dio la vuelta, y echó a correr de regreso al campamento, mientras Korvin recogía el rifle del herido. En la cresta de la suave ondulación del terreno aparecieron tres sombras, tres chilabas que parecían enormes y negras alas volando hacia el campamento. Waldo Korvin se arrodilló, apuntó, y comenzó a disparar rápidamente. Trevor volvió la cabeza, y pudo ver como dos de las sombras caían fulminadas. Pero entonces vio más sombras como aquéllas apareciendo por otros puntos. Korvin gritó, y los otros dos hombres que habían estado vigilando y que huían de regreso al

campamento se dejaron caer al suelo y comenzaron a su vez a disparar contra las sombras de amplias chilabas…

Trevor llegó al camión, lo abrió, y tiró de la caja donde estaban los tres revólveres. La caja estaba cerrada, pero la reventó en un par de segundos con una palanqueta de hierro. Todos los componentes de la expedición estaban ahora en el centro de la explanada donde habían sido montadas las tiendas. Se oía la voz histérica de Carol Redling, y la de April, tensa, llamando a Trevor.

Junto a éste aparecieron los dos británicos y el italiano. Éste se apoderó enseguida de un revólver, y lo mismo hizo uno de los británicos. El otro exhibió una automática, sonriendo fríamente.

—Propiedad privada, profesor. Si quiere jugar con nosotros, tiene un revólver. ¿Sabe manejarlo?

Trevor ni siquiera contestó. Empuñó el arma, dispuesto a todo. Korvin y los dos vigilantes no heridos regresaban hacia el campamento, envueltos en silbidos de balas. Alrededor del campamento se veían ahora perfectamente los rojos destellos de los disparos de los atacantes.

—¡Todos al suelo! —vociferó Korvin—. ¡Estamos completamente rodeados! ¡Hilton, Enroe, a la otra parte del círculo, con uno de los hombres que tiene rifle! ¡Enrico, ven conmigo a esta parte!

En cuestión de segundos Korvin organizó el círculo defensivo, mientras las balas seguían zumbando sobre ellos, perforando las tiendas y rebotando con vibrantes tañidos en los vehículos. Trevor se dejó caer junto a Korvin, revólver en mano. Korvin vio el brillo del arma, miró el rostro del hombre que la empuñaba, y exclamó:

—¿Qué demonios hace usted?

—Colaboro —dijo Trevor—. Puedo disparar tan bien como usted, Korvin.

—Sí, ¿eh? ¡Ya lo veremos! ¡Enroe, quítale el rifle a uno de esos imbéciles y manéjalo tú!

—¡Oído! —Llegó la voz del británico.

Más sombras aparecieron a cierta distancia frente a la posición de Korvin y Trevor Copperfield. Éste apuntó un instante, disparó, apuntó de nuevo y efectuó otro disparo… Uno de los atacantes cayó de bruces; el otro se tambaleó, se dejó caer, y se alejó arrastrándose. Korvin miró a Copperfield.

—Coño —dijo; y sonrió de pronto.

Por detrás de ellos Enroe había comenzado a disparar con el rifle. Se oían también los estampidos del otro rifle, y los disparos de pistola y revólveres. Korvin disparó velozmente cinco o seis veces hacia unas fugaces sombras situadas a unos ochenta metros, y las sombras desaparecieron, se esfumaron. El aventurero volvió a mirar a Trevor y repitió:

—Coño. ¡Pues vaya un profesor…!

—Si continúa metiéndose conmigo, Korvin, también puedo romperle a usted la cara.

Waldo Korvin se echó a reír como si de pronto se hubiera vuelto loco. Sus carcajadas se oyeron por entre los disparos, y éstos cesaron súbitamente de modo que sólo se oyó la risa de Korvin. Cuando éste dejó de reír, el silencio pareció caer sobre todos como una enorme losa.

De nuevo aquel silencio completo que podía oírse. Era como si nada estuviese ocurriendo, como si nada hubiera ocurrido. Al poco, Korvin y Trevor oyeron el rumor en el suelo, frente a ellos. Korvin dirigió hacia allá el cañón del rifle, pero Trevor se lo desvió.

—Es nuestro herido, que se acerca —susurró.

Nazik llegó reptando rápidamente por el áspero suelo, y se detuvo junto a ambos. Korvin le miró, vio el arma que empuñaba, y frunció el ceño. Era una Luger poco menos que arcaica, pero sin duda en buen estado. Al parecer, había llegado el momento de la verdad respecto a la tenencia de armas… April llegó también arrastrándose, y se colocó junto a Trevor, mirándole con los ojos abiertos como nunca. Su rostro parecía azul.

—¿Está… está bien, profesor? —jadeó.

Trevor asintió con la cabeza. El herido llegó, y Nazik lo agarró por los sobacos y lo llevó hacia el centro del campamento. Pasaron unos minutos de silencio, hasta que se oyó el sollozo de Carol Redling y la voz engolada y furiosa de Chester Madows. Korvin ahogó una maldición, pareció dispuesto a ponerse en pie… y Trevor le sujetó por un brazo.

—No es momento de asuntos personales, Korvin —susurró.

El aventurero asintió sombríamente, se colocó de nuevo en posición para disparo, y esperó. Todos esperaban. Casi en el centro del círculo se oía la voz apagada de Dicky Esterhase y la de Nazik, y algún gemido del herido. Trevor volvió la cabeza, y vio sombras

confusas destacando sólo con nitidez la de Zaida, acuclillada. Se veía el brillo de sus grandes ojos. Frente a ella distinguió a Esterhase, en funciones de médico. Todavía se oyeron algunos quejidos más del herido, susurros.

Luego, aquel silencio…

Cuando, tres horas más tarde, amaneció, April se había quedado dormida en el suelo junto a Trevor. Apareció una claridad roja como el mismísimo fuego, y luego, tras un estallido violáceo, volvió a ser roja. El espectáculo era absolutamente impresionante. El tono rojizo fue suavizándose. La luz, cada vez más amarillenta, lo invadió todo.

Nazik Ajras se puso en pie.

—Todo está bien. Ahora sé seguro que no volverán… Hace ya mucho rato que se fueron, y no volverán. Creo que deberíamos ver si tenemos desperfectos serios, más heridos o algún muerto.

Media hora más tarde sabían que no había desperfectos serios, que no había ningún muerto entre ellos, y que el herido no corría peligro. Esterhase había hecho una buena cura, y Zaida continuaba a su lado, mirándolo ahora inexpresivamente. Korvin, los dos británicos y el italiano, regresaron de su ronda alrededor del campamento, bien armados.

—Ni rastro —dijo Korvin—. Es decir, hemos visto manchas de sangre, pero eso es todo. Si matamos a alguno se lo habrán llevado.

—Tenemos que avisar a Al-Malik —dijo Madows, irritado—… ¡Necesitamos más armas, y ayuda, y…!

—No volverán —le miró apaciblemente Nazik—. Debieron creer que estábamos desarmados, y esperaron el momento para sorprendernos y despojarnos de todo lo que tuviéramos de valor. Pero ahora que saben cómo las gastamos no volverán por aquí.

—Pero… ¿quiénes eran? —jadeó Madows.

—Ladrones, señor Madows —explicó con sombría indiferencia Nazik—. Pura y simplemente ladrones del desierto.

—¿No deberíamos avisar a las autoridades? —propuso Carol.

—Si queremos complicarnos la vida y que todo el mundo sepa que estamos aquí y se interesen por lo que estamos haciendo lejos de Babilonia, sí, eso es lo mejor que podríamos hacer —la miró Nazik—: avisar a las autoridades. ¿Le parece bien eso, señor Madows?

—Maldita sea… ¡No! —exclamó Madows—. ¡Cierra la boca de una vez, zorra histérica!

Trevor miró vivamente a Korvin, temiendo su reacción, pero el aventurero se había serenado, y aparecía frío, impasible. Todo lo que hizo fue mirar quietamente a Madows. Carol lanzó una exclamación de rabia, dio la vuelta, y corrió hacia su tienda.

—En mi opinión —dijo Nazik—, lo mejor que podemos hacer es ignorar lo sucedido y dedicarnos a nuestro trabajo… De todos modos, el mando lo tiene el profesor Copperfield.

—Según y cómo —gruñó Korvin—. En circunstancias como las de esta noche creo que el más indicado para el mando soy yo.

—¿Le he discutido yo a usted su mando esta noche? —Le miró Trevor—. No, ¿verdad? Pues ahora no discuta usted el mío. Vamos a seguir la sugerencia de Nazik, y nos pondremos a trabajar. Si realmente no vuelven, lo mejor habrá sido esto. Si vuelven, utilizaremos la radio para llamar al señor Al-Malik e informarle de lo sucedido y pedirle ayuda. Eso es todo.

Todavía dio Trevor algunas órdenes más, referentes a ordenar el campamento y preparar el desayuno para todos. Nazik, que había permanecido junto a él, comentó:

—Iban en camellos, pero tenían algunas buenas armas. Creo que más que nosotros. Pero creyeron todo lo contrario. Hemos tenido suerte, profesor.

—¿Está seguro de que no volverán?

—Me sorprenderla muchísimo. No buscan organizar una batalla, sino presas fáciles. Se han debido llevar un buen susto. Si le parece bien haré los preparativos para comenzar a buscar la piedra: no puede estar a más de un par de kilómetros a la redonda.

—De acuerdo.

Trevor entró en su tienda abstraído en sus pensamientos. Apartó la puerta de lona, y simplemente, entró. Dentro todo era como una penumbra de color naranja. Distinguió la inmóvil silueta de April, pero todavía tardó un par de segundos en darse cuenta de que estaba completamente desnuda. Sobre el catre estaba su pijama y la manta con que se había envuelto cuando él la despertó al amanecer. Su espléndido cuerpo parecía como el fuego.

—Lo lamento —susurró Trevor—. Estaba distraído.

—Me he dado cuenta —susurró también ella.

—Volveré dentro de cinco minutos.

—Allá usted.

Trevor, que había iniciado la vuelta, volvió a mirar a April, que permanecía inmóvil. Durante unos segundos se estuvieron mirando. Luego, Trevor Copperfield se acercó a la muchacha, la abrazó por la cintura, y la besó en la boca. Ella se abrazó a su cuello, y correspondió al beso. El arqueólogo se estremeció cuando la tibia lengua de la muchacha acarició la suya. Alrededor de ellos, como si estuvieran dentro de una caja, oían los ruidos del campamento, pero de un modo lejano y sin significado. April vibró cuando las manos de Trevor ascendieron por su espalda y se deslizaron hacia los pechos, acariciándolos.

Pasó una eternidad antes de que dejaran de besarse. April susurró:

—No has debido acariciarme ni besarme así: me has… encendido. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿De verdad eres tan apasionada? —sonrió él.

—¡Si supieras lo mal que lo he estado pasando en tu maldita aula, mirándote y deseando…! Por fuerza tuviste que darte cuenta de que estaba loca por ti.

—Más bien sí. —Trevor la besó en un hombro—. Vístete.

—Trevor… ¿me prefieres a Carol? ¿O simplemente has decidido no complicarte la vida con ella y aprovecharte de mí? Quizá te guste más ella, pero ya que estoy yo aquí por casualidad…

—¿Por casualidad? —Alzó las cejas Trevor.

—Quiero decir que si estoy aquí es porque aquella mañana nos encontramos cuando yo salía de casa. Y por aquella casualidad…

—¿Casualidad? Querida, yo soy arqueólogo, no creo en la casualidad de las cosas. Cuando una pieza me interesa lo planeo todo muy bien para conseguirla.

—¿Qué quieres decir?

—¡Pero qué casualidad ni qué narices! La tarde de la conferencia no di pie con bola porque estabas tú allí. Claro que vi a Carol, pero ya hacía tiempo que había decidido que *miss* Vallance era mi presa. Y si ella no me hubiera interesado aquella tarde por lo de la expedición, ya terminado el curso, te habría acosado. ¿Casualidad? ¡Pues no hace tiempo y tiempo qué sé dónde vives, querida! Y cuando saliste aquella mañana hacía dos horas que yo estaba allí de

plantón para encontrarte «por casualidad». Quería que vinieras conmigo, eso es todo.

—Cielos… ¿Quieres decir que *de verdad* que me quieres?

—Más que a un menhir —gruñó Trevor.

April emitió un gritito, se abrazó más fuertemente contra él, y le besó con ansia… mientras la puerta de lona se abría y entraba Dicky Esterhase. Se quedó mirándolos, muy abiertos los ojos, durante unos segundos; luego se acercó a ellos, y tocó el hombro de Trevor, que respingó y se apartó de la muchacha. Ésta se atragantó al ver al menudo arqueólogo, que dijo:

—Joven Copperfield, Nazik se va de paseo. ¿Qué tal si nosotros echamos un vistazo a los mapas para ir marcando las zonas que vaya batiendo? Esto no es una orgía, ¿saben?

—Precisamente —sonrió Trevor— había entrado a buscar los mapas.

—Ya, ya. Caray, ¡qué cuerpo tan abrumadoramente hermoso tiene usted, jovencita! Deliciosamente abrumadoramente hermoso. Bueno, en confianza, si lo que desean es echar un polvete esperaré afuera. No va a venir ahora de media hora.

April Vallance enrojeció intensamente, mientras Trevor, tras recuperarse, soltó una carcajada.

—¿No le parece que está usted demasiado lanzado para su edad, profesor?

—¿Cuál edad? —Le miró agudamente Esterhase—. ¿La que indica mi pasaporte o la que revela mi alegría por la vida?

Trevor Copperfield parpadeó lentamente.

—Estaré con usted en cinco minutos, joven Esterhase —murmuró.

Y lo cumplió. A media mañana seguían estudiando los mapas, ajenos al resto de las actividades del campamento. April estaba con ellos, tomando notas de uno y otro. De cuando en cuando, se inclinaba hacia Trevor, y sus senos se aplastaban dulcemente contra el brazo o el cuerpo del arqueólogo, tensando la fina tela de la blusa. Y cuando April miraba a Trevor Copperfield parecía que en sus ojos se encendían mil luces…

A cierta distancia, sentada a la sombra, Carol Redling los miraba con expresión sombría. En determinado momento el gigantesco Korvin apareció junto a ella, que alzó la cabeza y le miró. Korvin

movió la cabeza hacia el grupo de científicos.

—Ellos pertenecen a un mundo diferente al nuestro —murmuró —… A tu mundo y el mío. No, no mires por si él está cerca. Está… ocupado.

—¿Qué quieres decir?

—Está asediando de un modo estúpido a la hija de Nazik.

—No es verdad —palideció Carol.

—Cuando esto termine —dijo muy despacio Korvin— voy a dedicarme a algo serio y estable. No seré rico, como él, pero tampoco te atormentaré nunca con recordatorios de tu vida. Tú y yo somos tal para cual… pero nunca más te pediré que te vengas conmigo.

Waldo Korvin se alejó de Carol, que estuvo mirándolo unos segundos. Luego, se puso en pie, y estuvo buscando a Chester Madows por el campamento. Lo vio pocos minutos más tarde, acompañando a Zaida, muy sonriente, hablándole… La muchacha lo miraba impasible, y de cuando en cuando sonreía mecánicamente. El calor comenzaba a ser agobiante. Los camiones permanecían cargados, a la espera de que Nazik encontrase la piedra angular y trasladarse todos entonces al lugar exacto.

Pero esto podría tardar todavía mucho tiempo… o no suceder jamás.

Sucedió tres días más tarde: Nazik Ajras encontró la piedra.

Capítulo VII

EL primero en saltar del *Land Rover*, cuando el vehículo todavía no se había detenido, fue Dicky Esterhase, que tropezó y cayó cuán corto era sobre el suelo del desierto; pero se puso en pie rápidamente, y corrió hacia el lugar que Nazik había señalado desde el *Land Rover*.

Jadeante, lívido, Dicky Esterhase se quedó mirando la esquina de la erosionada piedra que sobresalía del suelo arenoso, como la punta de una pirámide. Podía haber debajo una losa de dimensiones enormes o ser una pequeña losa de construcción sin importancia arqueológica, pero Dicky Esterhase casi temblaba mirándola. Detrás de él, los dos *Land Rover* se habían detenido, y sus ocupantes se apeaban con más calma. De todos modos, los primeros en llegar junto a Esterhase fueron Trevor y April. El primero no dijo nada. La muchacha susurró:

—Dios mío, es cierto… ¡Es cierto!

—Puede ser una simple piedra —murmuró Trevor—… y también puede ser parte de un templo que ahora estaría bajo nuestros pies. O de una ciudad quizá satélite de Babilonia… Puede ser mucho y puede ser nada, así que debe calmarse, profesor.

—No puedo evitarlo —le miró tenso de emoción Esterhase—… ¡Muchacho, toda mi vida la he dedicado a la arqueología, no me pida ahora que me lo tome con calma cuando puede ser el descubrimiento de mi vida! Bueno, sé que el jefe de la expedición es usted, pero me bastará haber participado… ¡Tenemos que empezar a trabajar ahora mismo!

—Los camiones con el material llegarán pronto —asintió Trevor —. Pero no comenzaremos hasta mañana o pasado, cuando todo esté perfectamente instalado.

—¡No me hagas esto, joven Copperfield!

—Cuando se haya serenado. —Trevor le puso una mano en un

hombro— usted será el primero en estar de acuerdo conmigo. Vamos, tranquilícese: dos días pasan pronto.

Lo cierto fue que pasaron los dos días, eso sí, pero a Esterhase se le antojaron milenios. La zona fue estudiada, fotografiada, medida, limpiada poco a poco y cuidadosamente. Bajo la dirección de Copperfield y Esterhase los excavadores trabajaron despacio y con cautela. El primer día apenas descubrieron la piedra veinte centímetros en su base, pero Esterhase comenzó a sugerir la conveniencia de llamar a ya a Yabra Al-Malik para que les enviara una grúa, pues la losa debía ser «enorme». Al segundo día de excavación apareció la primera inscripción grabada en la piedra. El curso producido por los cinceles estaba, por supuesto, cubierto de tierra, pero la mirada de Trevor Copperfield captó la diferencia, y llamó a Esterhase, que estaba sudando al otro lado de la losa. La noticia se extendió velozmente por todo el campamento, y todos corrieron hacia la losa. Esterhase parecía fuera de sí. Trevor comenzó a fotografiar la losa una vez más, y cuando estuvo satisfecho cedió los pinceles de limpieza a Richard Esterhase, que se olvidó del mundo.

A medida que el viejo arqueólogo iba limpiando los surcos de las inscripciones y Trevor tomaba fotografías y dictaba notas sobre la marcha a April, dos empleados iban limpiando cuidadosamente cada vez más abajo por aquella parte.

Y de pronto, Esterhase lanzó una maldición y alzó la cabeza.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Qué malditos demonios pasa?

—Que es de noche —dijo Trevor a su lado—. Es decir, lo será dentro de unos minutos, profesor. ¿No tiene apetito?

Esterhase se quedó mirándolo estupefacto. Luego, miró a su alrededor, y en las crecientes sombras que le habían sorprendido en su trabajo incesante vio rostros de expresiones fatigadas. Llevaba casi diez horas trabajando sin parar y sin dejar parar a nadie. Y de pronto, se dio cuenta de lo terriblemente cansado que estaba.

—Lo siento —murmuró.

—Tiene usted maravillada a Zaida —dijo Trevor—: dice que no ha conocido nunca a nadie con tal entusiasmo… por una piedra.

—¡Por una piedra! —exclamó Esterhase—. ¡Ya le diré yo luego a esa criatura cosas sobre las *piedras*! Trevor: ¿sabes lo que estamos desenterrando?

—Me parece que si —sonrió Copperfield.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Desde luego no pretendo comparar mi experiencia con la suya —movió la cabeza Trevor—, pero si no me equivoco se trata de una plegaria.

—La madre que te parió —jadeó Esterhase—… ¡Estás mucho más adelantado de lo que creía! ¡No me necesitabas aquí para puñetera la cosa!

—Pero… ¿una plegaria? —Evidenció de nuevo su asombro Chester Madows—. ¿Una *plegaria*?

—Un rezo, o algo parecido —asintió Trevor.

—Entonces… ¿nada de esculturas de reyes babilónicos?

—De momento, no. Pero no sabemos lo que puede haber debajo de esa losa, que no creo que sea muy grande. ¿Verdad, profesor?

Estaban todos reunidos en el centro del campamento, sentados en sillas de campañas alrededor de la mesa plegable que se utilizaba para las comidas, y que ahora, tras la cena, estaba llena de mapas y de fotografías ya reveladas en el propio campamento por Copperfield. Había también tres libros voluminosos, abiertos, junto a los mapas, mostrando fotografías de losas con inscripciones babilónicas que habían sido consultadas por los arqueólogos. El profesor Esterhase, que chupaba distraídamente su pipa, pareció regresar de uno de sus viajes particulares, reaccionó, y alzó las cejas.

—¿Qué? —preguntó.

—Que se trata de una plegaria grabada en una losa que no creo que sea muy grande.

—Ah. No, no debe serlo. Debe ser uno de los bloques que se utilizaban en la construcción de templos. Pero a mí me parece que nuestra… piedra no pertenecía todavía a ningún templo. Fue grabada con esa intención, pero nunca llegó a formar parte de construcción alguna. No, no necesitaremos grúa para sacarla completamente de ahí.

—Pero debajo puede haber más bloques como ése, o grandes losas, ¿no? —inquirió Madows—. ¡Incluso podría haber un templo entero!

Esterhase movió negativamente la cabeza.

—Quizá encontremos algunos bloques más, grabados o no, pero

no un templo. Si hubiera habido un templo tan cerca de Babilonia se sabría, habría sido mencionado en las documentaciones halladas, como se mencionan la *Etemenanki*, los Jardines Colgantes, los reyes, y tantas otras cosas. Creo que debemos admitir finalmente la teoría de que son bloques que fueron… requisados de un modo u otro de Babilonia, para ser llevados a otro lugar, fuese antes, durante, o después del éxodo a que obligó la destrucción de la ciudad.

—Bueno —deslizó Korvin—… ¿y qué dice esa plegaría? ¿Han podido ustedes descifrar esos garabatos?

Esterhase le dirigió una colérica mirada, mientras sus dientes apretaban con fuerza la pipa. Trevor impidió su reacción, que no habría sido agradable para Korvin, ciertamente.

—Estamos trabajando en eso, Korvin. Quizá nos lleve días o semanas, pero creo que el profesor Esterhase y yo sacaremos algo en claro.

—Garabatos —masculló Esterhase—… ¡Garabatos! ¡Usted sí que es un garabato, gilipollas!

—Vaya por Dios —alzó los ojos al estrellado cielo Trevor—… ¿Qué tal si tomamos el último té y nos retiramos todos a descansar?

La idea fue aceptada casi por unanimidad. Casi, porque el profesor Esterhase no se movió, ni siquiera después del último té. Que para él no fue el último, pues cuando Zaida, ya ambos a solas, le ofreció más té, lo aceptó. La muchacha se lo sirvió, y se sentó frente al arqueólogo, mirándole fascinada. De pronto, sonrió, y dijo:

—Dicky, cuéntame más cosas de ésas.

—Tu padre va a venir a buscarte con un látigo.

—Oh, no. Él ya sabe que me gusta estar contigo, y no le molesta.

—Ya. Soy demasiado viejo para preocuparle, ¿verdad? ¡Seguramente está convencido de que no podría hacer el amor contigo ni por teléfono!

—¿No podrías? —rió ella.

—Vaya que sí —gruñó Esterhase—… ¡Y no por teléfono!

Zaida volvió a reír, y le puso una mano sobre una suya.

—A mí me gustaría hacer el amor contigo —dijo.

Dicky Esterhase se atragantó, comenzó enseguida a toser, y la pipa salió disparada de sus labios. Zaida la recogió, y se la puso otra vez entre los dientes. Sus grandes ojos eran como dos enormes espejos de luna.

—¿A ti no te gustaría? —preguntó.

—Vaya, criatura —jadeó Dicky—… ¿me estás tomando el pelo?

—No. Eres amable, cariñoso, simpático e inteligente. De los otros hombres hay muchos, pero hay pocos como tú. Y yo sé que te gustarla tenerme, lo he visto en tus ojos.

—Bu-bueno, yo… yo-yo…

—¡Pero si es normal! —rió Zaida—. Soy joven y muy bonita, y sería delicioso para ti tenerme, ¿no es verdad? Sé muy bien cuándo me desean, pero no he visto en tus ojos nada que me inspirase repugnancia, como tantas y tantas veces en otros ojos. Creo que me gustaría ser dulce y amable contigo, así que cuando quieras tenerme dímelo. Me agradará mucho, lo sé.

—¡Dios me asista…!

La risa de Zaida llegó de nuevo a la tienda de Esterhase, donde Trevor y April se estaban besando, de pie entre las dos literas, ambos ya en pijama. Trevor miró hacia la puerta, y luego, en la semioscuridad de plata azul, los ojos de April.

—No —susurró ella—… Trevor, no. Él va a venir enseguida…

—Tardará mucho —susurró también él.

Le quitó la chaqueta del pijama, y la besó en los hombros y en la garganta. April se vencía hacia atrás, ofreciendo la garganta y el pecho a los besos del arqueólogo. El catre de campaña crujió cuando los dos cuerpos cayeron sobre él, abrazados.

—Trevor, no, no ahora, no…

—Dicky no vendrá —susurró él—… Lo sé.

—Pero si entra…

—No. Esta noche dormirá bajo las estrellas.

—Entonces…

El beso ardiente los unió de nuevo. Se oyó el deslizamiento de la ropa de ambos. Los brazos de April Vallance se encontraron en la espalda de Trevor Copperfield. El beso se convirtió en fuego. April suspiró entrecortadamente, y su aliento tremoló en el rostro de Trevor.

—Sí, mi amor —suspiró la muchacha.

Se abrazó con más fuerza a él. Los besos que intercambiaban eran como brasas. April se tensó de pronto. Trevor dejó caer la cabeza junto a la suya, y sus labios rozaron la tersa piel femenina. April se tensó de nuevo. Trevor no se detuvo, y enseguida ella

emitió un gemido, pareció saltar hacia él, y sus brazos le apretaron todavía con más fuerza.

—Oh, sí —gimió.

Estaban cerca de Babilonia, pero lo mismo daba el lugar. Para ellos, simplemente, fue su primer cielo de amor.

Chester Madows estaba rebosante de odio. Hasta entonces le había parecido captar, sobre todo en los últimos días, algunas extrañas miradas entre Carol y Korvin, pero no había hecho demasiado caso. Ahora, todo adquiría significado: eran los únicos que faltaban en el alborozado grupo de expedicionarios concentrados en el centro del campamento.

A primera hora de la tarde la losa había sido llevada allí por una docena de hombres, utilizando una angarillas especiales de tubo metálico e hilo de *nylon*. Era una losa pequeña relativamente, no debía pesar más de mil kilos. Era, limpia, el centro de atención de todos… menos de Carol y Waldo Korvin, que no aparecían por ninguna parte. Y por si esto fuera poco, la encantadora Zaida estaba en todo momento junto al profesor Esterhase, que en aquel momento tenía la palabra:

—Es indudablemente, una plegaria, y muy pronto podremos leerla con considerable fidelidad, gracias a los conocimientos de mi joven colega, el profesor Copperfield…

—No le hagan caso —rió Trevor—. El profesor Esterhase ha trabajado tanto o más que yo en la identificación y análisis de los signos babilónicos. Y no olvidemos a la señorita Vallance, cuya colaboración ha sido valiosísima para ambos. Es más, todos ustedes, empezando por Nazik Ajras, han prestado una colaboración que…

—Bueno, menos coba —rió el italiano Enrico Catti—… Venga, venga, profe: ¿qué dice la plegaria?

Se oyeron algunas risas. Trevor también rió.

—Bueno, el texto completo y fiel no creo que lo tengamos listo hasta dentro de un par de días, pero sabemos ya la intención de la plegaria. Habla de los antiguos dioses babilónicos, surgidos de la ebullición de dos elementos líquidos ocasionados por el caos. Esto ya es conocido por la arqueología, pues la génesis de los dioses está relatada en un poema sobre la creación titulado *Enuma Elish*. El caos es representado en forma de un monstruo llamado Tiamat, que, arrepentido de haber creado los dioses, intentó posteriormente

destruirlos. Fue entonces cuando el dios babilónico Marduk se opuso a él, a Tiamat, el caos monstruoso, separándolo en dos partes: cielo y tierra, ambos situados en un abismo de agua llamado *aspu*. En su victoria, Marduk, el gran dios, dio nombre a todo lo existente, y creó además al hombre, con barro y sangre, y lo destinó a servir a los dioses en los templos… Pero también se menciona en esta plegaria a la diosa Istar, la que descendió a los infiernos, se supone que para encontrarse con el dios Dumuzi. También habla de los muertos y de sus distintas categorías, según las cuales llevan una existencia u otra en lugar de las tinieblas. Con todo esto, se ha compuesto una plegaria, una rogativa a los dioses en favor de Babilonia y sus gentes para que cesen sus padecimientos y continuas destrucciones que parecían convertir Babilonia en una ciudad maldita.

—Perdone que le interrumpa, profesor —masculló el británico Enroe—… ¿Quiere usted decir que no hay nada como esto hasta ahora en ningún museo, que la arqueología no había encontrado antes nada semejante? En fin, ¿es realmente importante esta piedra?

—¡Muchacho, es usted un pollino! —aulló Esterhase—. ¿Es que no se da cuenta de que tenemos ante nosotros el descubrimiento arqueológico del siglo?

—Bueno, bueno —sonrió Trevor—, quizá no tanto, pero sí, Enroe, esta piedra es científicamente importantísima. Tenga en cuenta, sobre todo, la mención de los muertos y de la sugerencia de una u otra existencia según la categoría. Hasta ahora no se sabía nada respecto a recompensas en la vida futura referida a las creencias babilónicas, de modo que…

Chester Madows oía, pero no escuchaba. Y oía de lejos. Se había dado cuenta de que faltaba una de las motocicletas que portaban dos de los *Land Rover*, y había encontrado sus rodadas en el borde del campamento. Las rodadas se dirigían hacia el Sur, hacia los montes. Madows estuvo unos segundos mirando hacia allí. Luego, fue al camión donde estaban las armas, se proveyó de uno de los revólveres, y descolgó la otra motocicleta del correspondiente *Land Rover*. La empujó más allá de los límites del campamento, sudando copiosamente, y cuando estuvo convencido de que no la oirían, la puso en marcha y partió siguiendo las rodadas de la otra máquina.

La divisó apenas dos minutos más tarde, junto a unos raquíticos

arbustos que no conseguían protegerla del sol, que se reflejaba en ella. Madows detuvo su máquina, la dejó tendida de lado, y se dirigió a pie hacia donde estaba la otra.

El sol caía como auténtica lava amarilla, y Madows tenía la sensación de que bajo el sombrero su cerebro se estaba cociendo. Alrededor de él todo era como fuego móvil, como si las piedras despidieran llamaradas. Se sentía sofocado y colérico.

Y fue entonces cuando, en el silencio, oyó el gemido. Un gemido que él conocía muy bien: el gemido de placer de Carol Redling. Pero… no era exactamente como otras veces, sino más vibrante, más espontáneo… más sincero. Bajo el ardiente sol, Chester Madows palideció intensamente. Otro gemido de Carol le hizo estremecerse. Provenía de detrás de una pequeña elevación arcillosa, y, como en sueños, Madows se dirigió hacia allá. Ascendió la leve duna, y los vio a los dos, al otro lado. Estaban ambos desnudos y abrazados sobre una manta extendida. El musculoso cuerpo de Waldo Korvin aplastaba el de Carol, que tenía los ojos cerrados en gesto de éxtasis, la boca entreabierta emitiendo ahora suspiros tremolantes, mientras se abrazaba frenéticamente al hombre que la estaba poseyendo y haciendo gozar *de verdad*.

Chester Madows empuñó el revólver, apuntó a la espalda de Korvin, y apretó el gatillo.

Fue como destrozar una bella imagen reflejada en un espejo, Waldo Korvin se estremeció y saltó, emitiendo un agudo grito. Carol Redling abrió los ojos, pero su mirada turbia de placer sólo vio sobre ella el destello del implacable sol, que se reflejó en algo metálico. Enseguida, oyó otro estampido, y sintió un golpecito sobre su seno izquierdo. Su boca se abrió, emitiendo un estertor que cesó bruscamente. Se quedó quieta, rígida, con los ojos y la boca muy abiertos, de lleno al sol su espléndido cuerpo desnudo. Junto a ella, con un balazo en la espalda, Waldo Korvin se había colocado de rodillas, y miraba a Madows con expresión entre atónita y furiosa.

Chester Madows volvió a disparar, y la bala alcanzó a Korvin en el pecho, derribándolo de espaldas tras rebotar sobre sus propias piernas flexionadas.

El silencio regresó. El silencio denso y quieto del desierto. Madows estaba lívido, sudoroso, y de su boca entreabierta escapaba un jadeo. No se arrepentía de lo que había hecho. Ninguna

mujerzuela podía burlarse de él, ni tampoco un desgraciado como Waldo Korvin, cuyos ojos, también abiertos, miraban el cielo.

Tras mirar a uno y otra, Madows se volvió, y descendió la duna. Miró la motocicleta, y luego hacia donde había dejado la suya. Estuvo un par de minutos reflexionando y escuchando. Calculó que estaba apenas a dos kilómetros del campamento, y si no veía a nadie acudiendo ya era que nada habían oído. Muy bien.

Tiró el revólver entre los arbustos patéticos, y fue adonde había dejado su motocicleta. Regresó con ella, la dejó junto a la otra, y emprendió el regreso al campamento, a pie. Cuando los encontrasen, si los encontraban, verían allá las dos motocicletas, y pensarían que cada uno de ellos había utilizado una. En cuanto a su muerte a balazos… ¿por qué no pensar que habían sido los ladrones del desierto? O que pensaran lo que quisieran. Estaba seguro de que nadie había reparado en su ausencia, absortos en las explicaciones de los dos arqueólogos. Sólo tenía que regresar a pie, simular que había estado allí todo el tiempo, y que los ladrones cargasen con ambas muertes…

Fue entonces cuando aparecieron los dos jinetes sobre sendos camellos.

Aparecieron de pronto, como brotados del suelo. Silenciosos, terriblemente ominosos. Llevando chilaba, y sus rostros estaban casi completamente cubiertos por ásperas telas. Sus ojos parecían de fuego negro, Madows se detuvo. Vagamente pensó que aquellos dos jinetes habían estado merodeando por allí y que ellos sí habían oído los disparos, quizá con anterioridad el motor de su motocicleta. Una neblina de polvo se veía tras ellos, a los lejos, como si el mundo se estuviera difuminando. Madows pensó que llegaba el *chamal*.

Y eso fue lo último que pensó.

Uno de los jinetes movió un brazo, apareció un rifle destellando al sol, y sonó el estampido. Chester Madows recibió el balazo en pleno corazón, emitió un sonido gutural saltando violentamente hacia atrás, y cayó ya muerto a tres metros.

Como sus víctimas, se quedó mirando el sol, mientras el desierto parecía engullir el estampido del disparo de rifle.

Capítulo VIII

—¿QUÉ ha sido eso? —exclamó Hilton, alzando la cabeza, como venteando.

El silencio se había hecho de súbito en el campamento. Todos quedaron en tensión, escuchando, pero ya no se oyó nada más. De pronto, Nazik señaló hacia el Sur, y murmuró:

—Viene el *chamal*.

—Pero ese ruido no lo ha producido el *chamal* —dijo Enroe—… Eso ha sido un disparo.

—Seguro que sí —asintió el italiano—. Será mejor que nos prevengamos, por si esos ladrones pretenden volver. ¡Korvin! ¿Dónde está Korvin? ¡Korvin!

Uno de los excavadores iraquíes comenzó a hablar, en árabe, dirigiéndose a Nazik, que le interpeló acremente. El hombre encogió los hombros. Nazik miró a Trevor.

—Mahmud dice que vio al señor Korvin y a la señorita Redling alejarse en una de las motocicletas, mientras todos nos dedicábamos a trasladar la losa.

—Pues faltan las dos motocicletas —señaló April hacia los *Land Rover*.

—¿Dónde está Madows? —exclamó Trevor, presintiendo algo—. ¡Madows!

Todos se miraban unos a otros. Enrico Catti reaccionó de pronto, señalando uno de los *Land Rover*.

—Vamos a salir en su busca. Si han utilizado las motocicletas podremos ver las huellas. Me huelo algo malo, profesor.

—¿Malo? —Gruñó Hilton—. ¡Yo diría pésimo!

Todos le miraron, y luego miraron hacia donde dirigía la vista el británico. A unos doscientos metros divisaron un grupo de siete u ocho jinetes sobre camellos, recortados en el neblinoso fondo del *chamal*, que podía tardar en llegar allí sólo unos minutos o varios

días.

—Allí también —señaló Nazik.

Otro grupo de jinetes apareció, silenciosos como sombras. Ni siquiera cinco segundos después apareció otro grupo, y luego otro, y otro, y otro…

—Dios mío —gimió April.

—Nazik, llame por la radio al señor Al-Malik —dispuso Trevor —. Dígale que la otra vez no quisimos preocuparle, pero que fuimos atacados, y que parece que esta vez la cosa va a ser mucho peor. Son demasiados. Dígale que necesitamos ayuda con urgencia. Enroe, ocupe el puesto de Korvin organizando la defensa.

—Sí señor.

Nazik corrió hacia el camión donde estaba la radio, mientras Zaida se tomaba de una mano de Dicky Esterhase, que la miró estupefacto. Había estado hablando con ella mucho rato la noche anterior, antes de que la muchacha se retirara y él se pusiera a dormir bajo las estrellas, envuelto en una manta… para soñar con su nueva princesa del sol, Zaida, la de los grandes ojos dulces como miel, la princesa que le había dicho que cuando él la quisiera, la tendría.

—No te asustes, Zaida —susurró—. No permitiré que nada te ocurra.

Trevor lo miró, sonrió, y fue al camión donde estaban las armas, pues Enroe estaba gritando que faltaba un revólver.

—Cálmese —murmuró Trevor—. Alguien se lo llevó, eso es todo. Distribuya el resto de las armas entre los mejores tiradores.

—En ese caso me parece que tendré que darle un revólver a usted, ¿no?

—Creo que sí —sonrió a desgana Trevor.

Asió el arma, y miró alrededor del campamento. Los jinetes formaban ahora un círculo completo. Había no menos de sesenta. Por un momento pensó que estaba viendo un espejismo, que aquello era propio de otros tiempos, no del Irak de hoy. Pero los jinetes estaban allí, y el sol se reflejaba en sus rifles. No hacían nada. Sólo esperaban… Esperaban ¿qué?

Y de pronto, Trevor Copperfield lo comprendió: esperaban que todos los miembros de la expedición se dieran cuenta de que era inútil luchar, y que se rindieran. Ahora, a pleno día, y contando con

sesenta hombres, no sería como la otra vez. Habían reclutado más ladrones, habían formado una banda como sólo podía pensarse en verla en el cine. Era alucinante.

Nazik saltó del camión, y se acercó a él presurosamente.

—El señor Al-Malik dice que no nos preocupemos, que se encarga de proporcionarnos ayuda inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo puede significar ese inmediatamente?

—Depende de la clase de ayuda. No sé, quizá dos o tres horas.

—Demasiado tiempo —susurró Trevor—. En dos o tres horas, si les hacemos frente, nos harán pedazos, Nazik. No voy a arriesgar nuestras vidas por un poco de dinero, unas armas y unas cuantas cámaras fotográficas. No hay nada aquí que valga nuestras vidas.

—¿Qué quiere decir? ¿Nos vamos a dejar desvalijar?

—O eso, o morir muchos de nosotros… o todos. No permitiré eso. Procúreme un gran trapo blanco.

Dos minutos más tarde, portando el trapo blanco como bandera asida a uno de los tubos metálicos, Trevor Copperfield caminaba hacia el límite del campamento. De entre los silenciosos jinetes, media docena se destacaron, dirigiendo sus camellos hacia el arqueólogo, junto al cual caminaba Nazik para actuar de intérprete.

En cuestión de segundos los embozados jinetes quedaron ante ellos, y uno de ellos habló. Nazik le contestó. Se entabló un breve diálogo, tras el cual Nazik miró a Trevor.

—Quieren que entreguemos todas nuestras armas y que nos agrupemos en el centro del campamento, donde deberemos depositar todo nuestro dinero, joyas y cualquier cosa de valor. Permitiremos que registren las tiendas y los vehículos, y que se lleven todo lo que les interese.

—Dígales que de acuerdo.

—Profesor —se movió inquieto Nazik—: querrán llevarse a las mujeres.

—¿Está seguro?

—Ojalá tuviese tan seguro el paraíso de Alá.

Los labios de Trevor Copperfield se apretaron un instante. Miró los ojos de algunos de los jinetes que tenía ante él. Sí, querrían llevarse a las mujeres. Y quizás, en definitiva, decidieran asesinarlos a todos.

—Dígales que aceptamos —murmuró—. Pero que no queremos

que destrocen el campamento, de modo que sólo deberán venir diez o doce, examinarlo todo sin problemas para ellos, y llevarse lo que quieran. Háblales del material científico que deberán respetar.

—Pero profesor…

—Haga lo que le digo.

Nazik asintió, de mala gana, y comunicó a los jinetes la postura del jefe de la expedición arqueológica. De nuevo se entabló un diálogo, tras el cual uno de los jinetes regresó al círculo de silenciosos compañeros, y estuvo hablando con uno de ellos. Regresó, le dijo algo a Nazik, y éste tradujo para Copperfield:

—Dicen que conforme, pero que si intentamos algo nos matarán a todos. Y quieren ahora mismo mi pistola y la de usted. Y que las otras armas estén bien visibles cuando ellos entren en el campamento.

—Conforme con todo —asintió Trevor.

Él y Nazik entregaron sus armas a uno de los jinetes, que parecía soldado al camello. Luego, dieron la vuelta, y emprendieron el regreso al campamento, mientras los jinetes regresaban con los demás y comenzaban a elegir la docena de ellos que entrarían en el campamento.

En éste, Trevor Copperfield dio unas instrucciones que dejaron estupefacto a Nazik:

—He simulado que nos rendimos, y he conseguido que envíen solamente doce hombres al campamento. Tenemos que engañarlos, sorprenderlos como sea, y apoderarnos de los doce rifles que traerán. Con esos doce rifles y las armas que todavía tenemos podremos contenerlos hasta que llegue Al-Malik con ayuda. Nazik, traduzca esto.

Nazik Ajras salió de su pasmo, y pasó en árabe las instrucciones de Copperfield. Los iraquíes que no habían entendido del todo las explicaciones en inglés de Trevor, miraron asustados a éste cuando Nazik las tradujo. Trevor frunció el ceño.

—Dígales que si no hacemos eso seguramente todos podemos darnos por muertos, o que, como mal menor, se llevarán a las mujeres.

Nazik habló de nuevo en árabe, y todos le escucharon en sombrío silencio. Por fin, el asentimiento fue general. Trevor agitó la bandera blanca, y en el acto una docena de jinetes iniciaron el

acercamiento al campamento. Los expedicionarios se agruparon en el centro, inmóviles. Los doce jinetes llegaron, miraron las armas depositadas sobre la losa con inscripciones, y desmontaron ágilmente. Dos de ellos se acercaron a la losa, y otro dio instrucciones a los demás, que comenzaron a distribuirse entre las tiendas. Es decir, que sólo tres quedaron en poder de las armas que descansaban sobre la losa…

—Ahora —dijo suavemente Trevor.

Fue el primero en atacar, abalanzándose contra uno de los ladrones, y todo fue tan sorprendente para éstos que apenas pudieron reaccionar. Trevor abatió al suyo de un puñetazo en la mandíbula tan fuerte que posiblemente se la partió, a juzgar por el crujido; mientras el árabe ponía los ojos en blanco y caía hacia atrás, el resto de los hombres cayeron como un enjambre sobre los otros dos, reduciéndolos inmediatamente a puñetazos y puntapiés… Enrico Catti fue el primero en apoderarse de un rifle, con el que apuntó hacia las tiendas. Uno de los ladrones salía corriendo de allí, apercibido su rifle… Enrico disparó, el árabe lanzó un grito, y regresó al interior de la tienda con un balazo en el pecho.

Casi al mismo tiempo, los restantes expedicionarios que pudieron conseguir un arma comenzaron a disparar contra las tiendas. Las balas perforaron las lonas, y dentro se oyeron gritos de dolor. Dos árabes consiguieron salir, pero fueron abatidos inmediatamente a balazos… El desconcierto de los ladrones que rodeaban el campamento era tal que mientras duró la breve refriega ninguno se movió, ni emitió sonido alguno.

Más de pronto, cuando ya los expedicionarios estaban apoderándose de los rifles de los últimos árabes que habían salido de las tiendas, se oyó un grito ululante, y Trevor vio, en un lado del círculo de jinetes, a uno de ellos alzando el rifle y gesticulando. Inmediatamente, todos los jinetes a una cargaron contra el campamento, disparando sus rifles. Algunas balas rebotaron en la losa de la plegaria, y Dicky Esterhase lanzó un aullido:

—¡Eso no! ¡Hijos de camellas prostitutas, eso no…! ¡La piedra!

—¡Échese al suelo, chiflado! —le gritó Trevor.

La carga de cincuenta camellos sobre el campamento fue alucinante. El desierto entero pareció temblar bajo las enormes pezuñas de los animales y bajo los gritos de sus jinetes.

—*Spristi*! —rió Enrico Catti—. ¡Esto es como tirar al blanco móvil!

Indudablemente, era el que mejor disparaba. De tres disparos había abatido otros tantos jinetes, y buscaba ya su próximo blanco. Una nube de polvo espesísimo, alzado por los camellos, comenzó a tomar forma y volumen, y pareció que sobre el campamento llegaba una noche parda, como ardiente. Se oían los lamentos de algunos camellos al caer, gritos humanos, disparos, gemidos…

—¡Trevor! —gritó histéricamente April.

El arqueólogo la miró, consiguió verla como a través de una nube, y vio adónde miraba. Se volvió a tiempo de ver al tambaleante y ensangrentado árabe que salía de una de las tiendas empuñando el rifle. Le apuntó velozmente, disparó, y el árabe cayó fulminado.

—¡Los rifles de las tiendas! —aulló Trevor—. ¡Aseguraos de que los de las tiendas han caído y recoged *todos* los rifles!

La polvareda era ya como una masa, de la que, de cuando en cuando, emergía un camello con su enfurecido jinete… que era inmediatamente abatido. Hasta que dejaron de aparecer jinetes entre el polvo, y alrededor del campamento se extendió el silencio. Trevor Copperfield comprendió que el polvo les había favorecido momentáneamente, pues mientras ellos veían aparecer a los jinetes, éstos no podían ver el centro del campamento ni a sus defensores.

—¡Alto el fuego! —gritó—. ¡Se han retirado, no malgasten munición!

Se hizo un silencio relativo. Se oían gemidos, pataleos de camellos.

—¡Nazik! —llamó Trevor.

El iraquí apareció ante él, con el brazo izquierdo colgando inerte y sangrando, pero sosteniendo el rifle con la mano derecha, relucientes los ojos entre el polvo que se amasaba con el sudor en su rostro.

—Diga, señor.

—Ordene una rápida pasada por el campamento aprovechando que ahora no pueden vernos moviéndonos. Que recojan todas las armas, ¡todas!, y que todos los heridos sean traídos junto a la losa. ¡Enrico!

—Estoy aquí —dijo el italiano—. No soy un fantasma.

—Ayude a Nazik. Reparta de nuevo las armas.

—No habrá problema ahora. Tendremos armas para todos… Hilton ha muerto.

—Dios…

—No ha sido el único —murmuró el italiano, alejándose.

Cinco minutos más tarde los supervivientes, heridos o no, disponían de armas sobradas para hacer frente al nuevo ataque que sin duda se produciría. El polvo se iba posando sobre todos, rebozándolos. Además de Hilton había muerto un excavador iraquí, y siete empleados más estaban heridos, sin contar a Nazik, que de pronto apareció ante Trevor y le hizo una seña. Trevor se reunió con él, dispuesto a escuchar más catástrofes.

—¿Qué ocurre?

Nazik no contestó. Se había metido el brazo herido entre la ropa, para que colgase, y aparecía agotado y dolorido. Pero, sobre todo, desconcertado. Llevó a Trevor junto a uno de los ladrones que yacían muertos en el suelo, y le señaló su ahora descubierto rostro.

—Se llama Abd Wardi, y su presencia aquí no tiene sentido, profesor. Es un hombre de la ciudad, culto y bien conocido como uno de los mejores colaboradores del señor Ibrahim Nuvas.

—¿Y quién es Ibrahim Nuvas? —Parpadeó Trevor.

Es un político muy importante del país… El rival más importante del señor Al-Malik para acceder a un alto puesto en el Gobierno. Tan importante que el señor Al-Malik tiene muy pocas probabilidades de vencerlo.

—A menos —susurró Trevor— que el señor Al-Malik hiciera algo verdaderamente importante que le hiciera ganar popularidad y votos… como por ejemplo, haber financiado o contribuido a un gran descubrimiento arqueológico. Eso le habría ganado muchas simpatías a Yabra Al-Malik, ¿no?

—Sí… Sin duda, profesor.

Se quedaron mirándose. La cosa estaba tan clara que ninguno de los dos podía dejar de comprenderla: Ibrahim Nuvas se había enterado de la expedición, había barruntado que podía ser algo importante para Al-Malik, y había encargado a su hombre de confianza, Abd Wardi, que vigilase la expedición. Posiblemente, a distancia, Wardi los había estado observando con prismáticos, había visto la piedra, había pedido instrucciones… y las había recibido en

el sentido de que se apoderase de la losa. Y por supuesto, simplemente los habrían asesinado a todos, la losa habría pasado a poder de Ibrahim Nuvas, y éste se habría agenciado el éxito de su descubrimiento, por mucho que Al-Malik se hubiera desgañitado acusándole. ¿Quién habría de pensar una cosa así del honorable Ibrahim Nuvas? En cuanto al primer ataque de que fueron objeto, había sido simplemente una escaramuza destinada a que la expedición informara de que había ladrones por aquella zona, para que más adelante todos creyeran que habían sido los ladrones nómadas los asesinos de la expedición.

Era tan claro como la luz del sol que volvía a verse, pues el polvo se había posado casi completamente.

—Bien —murmuró Trevor—, ¿puede comunicarse por radio con el señor Al-Malik de nuevo?

—Claro. Puedo llamarle al helicóptero en el que viaja hacia aquí.

—Dígale lo que los dos hemos comprendido tan bien, Nazik. ¿O quizá usted no lo ha comprendido?

—No soy un sabio, profesor, pero tampoco un tonto. La cuestión no puede estar más clara.

—De acuerdo. Póngase en contacto con Al-Malik. Yo voy a asegurarme de que estamos en condiciones de afrontar un nuevo ataque.

Pero media hora más tarde no se había producido ningún nuevo ataque, ni se oía nada alrededor del campamento. Tras un breve conciliábulo, Catti, Enroe, y dos iraquíes se alejaron cautelosamente del centro del campamento, para echar un vistazo. Cuando regresaron, quince minutos más tarde, las noticias no pudieron ser mejores:

—Nadie, profesor —dijo Catti—. Se han marchado. Ni rastro de ellos.

—Los hemos asustado —exclamó Dicky Esterhase, jubiloso.

Nazik se quedó mirándolo entre desconcertado e irónico, pero no dijo nada. Era cierto que los jinetes se habían marchado, y no carecía de lógica que fuese por haber adquirido la convicción de que no podrían vencer a los expedicionarios.

—De todos modos —dijo Trevor— quiero que unos cuantos hombres se queden vigilando, por si vuelven. Los demás, vamos a

acomodar a los heridos y a los muertos en los camiones, para llevarlos a Bagdad. Y cuanto antes.

Se procedió rápidamente a esta operación, y ya estaban los camiones a punto de partir cuando apareció el helicóptero, que al poco aterrizó en un lado del campamento. Yabra Al-Malik saltó a tierra, acompañado de otro hombre, y se reunió con Trevor y los demás.

—¡Jamás habría pensado una cosa así de Ibrahim Nuvas! —Manifestó con potente voz—. ¡Y lo primero que haré al regresar a Bagdad será denunciarlo! ¡Si él ha tenido algo que ver con esto, tal como parece evidente…!

—Señor Al-Malik —le interrumpió cansadamente Trevor—, creo que hay cosas que merecen atención prioritaria. Nos disponíamos a enviar a todos los heridos a Bagdad.

—Está bien —frunció el ceño Al-Malik—. Y creo que deberíamos trasladar también la losa, profesor. En realidad, creo que deberíamos levantar el campamento.

—¿Está bromeando? —saltó Esterhase—. ¡Pueden haber más losas como la que hemos encontrado en ese lugar!

—Sí, es posible —se impacientó Al-Malik—, pero tal como están las cosas creo que es más seguro que la expedición se retire, de momento, y si desean regresar dentro de unos días lo harán con protección oficial, y nadie se atreverá a molestarlos. A fin de cuentas, y pese a lo sucedido, ya nadie podrá arrebatarnos el éxito, profesor Esterhase.

—Bien —titubeó Dicky—… Sí, eso es cierto, desde luego. Abrumadoramente cierto, indiscutiblemente.

Incluso Al-Malik colaboró para cargar la piedra en uno de los camiones, lo que no fue tarea fácil. Una vez conseguido esto, la recogida del resto del material fue rápida, todos los vehículos fueron cargados, menos un *Land Rover*, y Al-Malik, que se dio cuenta de esto, preguntó:

—¿Y ese *Land Rover*?

—Es para mí —dijo Trevor—. Ustedes adelántense, mientras yo doy unas vueltas por aquí a ver si encuentro a Madows, Korvin y la señorita Redling.

—No diga disparates —saltó Enroe—… ¡Los habrán matado, hombre!

—Eso me temo. Pero no podemos marchamos sin asegurarnos, y si así ha sido recoger sus cadáveres. Les alcanzaré pronto, no pierdan más tiempo.

—Yo te acompañaré —dijo Esterhase.

Trevor se negó rotundamente, pero no tanto como habría querido. April se sumó a los deseos de Dicky Esterhase, y no hubo modo de convencerlos de que debían dejar solo a Trevor. Se propuso que fuese Catti o Enroe quienes acompañaran a Trevor, pero Al-Malik torció entonces el gesto.

—Yo no voy a correr peligro, porque iré en helicóptero, pero si esos jinetes deciden atacar la expedición creo que serán necesarios hombres como el señor Catti y el señor Enroe. Si el profesor quiere arriesgar su vida ya no vamos a discutirlo más, pero creo que no debemos arriesgar de nuevo al resto.

Las palabras de Al-Malik resolvieron la cuestión. La expedición emprendió el regreso, y Trevor, Esterhase y April subieron al *Land Rover* e iniciaron la búsqueda de Madows, Carol y Korvin describiendo vueltas en torno, en círculos que se iban ensanchando.

Al primero que encontraron, en consecuencia, fue a Chester Madows, cuyos ojos parecían cristales reflejando el sol. Fue cargado en el *Land Rover*, y la búsqueda prosiguió. Tan sólo diez minutos más tarde divisaron las dos motocicletas, y fueron directos hacia el lugar. Un minuto más tarde, April lanzaba un grito y palidecía al ver los dos ensangrentados cadáveres desnudos al sol. Tuvieron que sobreponerse, cargaron los cadáveres, y taparon los tres con la manta donde habían estado Korvin y Carol en sus últimos segundos de vida. Trevor comentó que los balazos que tenían Korvin y Carol no parecían de rifle, y recordó que habían echado de menos un revólver. Los tres comprendieron lo que había hecho Chester Madows, pese a que no habían encontrado el revólver.

Fue Dicky Esterhase quien lo encontró entre los matorrales, al captar un reflejo solar. Lo mostró a Trevor, se lo guardó, y se dispusieron a marcharse en pos de la expedición. Por detrás de ellos, ahora sí, llegaba el *chamal*, como una enorme nube que, en la relativa distancia, parecía de oro.

Y por delante de ellos, desconcertantemente procedente del Este, apareció el helicóptero. Los tres se quedaron mirándolo sorprendidos. Sabían que era el helicóptero de Yabra Al-Malik.

—Tal vez ha querido asegurarse de que estamos bien, y ahora quiere escoltarnos —dijo Trevor—. Subamos al *Land Rover*.

Se puso al volante, y condujo hacia el Norte, huyendo del *chamal*, cuyo rumor, como el silbido de una serpiente, comenzaba a oírse.

Ni siquiera habían rodado trescientos metros cuando se produjo el primer disparo de rifle desde el helicóptero. La bala rebotó un poco por delante del vehículo, y Trevor lanzó una exclamación, frenó, y se asomó. El helicóptero se acercaba. En la ventanilla, Trevor Copperfield vio a Yabra Al-Malik empuñando el rifle, y se quedó mirándolo estupefacto… Recogió velozmente la cabeza cuando el siguiente plomo rebotó en el capó del *Land Rover*, llegando oblicuamente.

—¡Pero qué hace ese loco…! —aulló Esterhase, que también había mirado hacia el helicóptero.

Éste pasó como una exhalación sobre ellos, y comenzó a virar. Trevor, April y Dicky estaban paralizados por el desconcierto y el sobresalto. Por un lado del helicóptero, que se acercaba de nuevo, vieron el reflejo del sol en el cañón del rifle. Llegó otra bala, que convirtió en una transparente telaraña el cristal parabrisas. Trevor apretó los labios, y arrancó, maniobrando para desviarse de la ruta del helicóptero. Cuando se dio cuenta, estaba viajando hacia el *chamal*, y April gritó la advertencia. Pero no había más alternativa: hacia el *chamal* o hacia el helicóptero, que ahora les perseguía, parecía empujarles. Apareció por un costado, y de nuevo vieron a Yabra Al-Malik con el rifle, presto a disparar. April y Dicky se agarraban donde podían para no salir despedidos del vehículo, pues Trevor conducía sin contemplaciones. El *chamal* estaba ya muy cerca, y si conseguían meterse en él Al-Malik ya no podría verlos. Era su única salvación.

Y de pronto, oyeron el impacto de la bala en el vehículo, vieron el resplandor de la pequeña llamarada, y Trevor gritó:

—¡Fuera, fuera, saltad!

Frenó en seco y saltó, arrastrando con él a April, mientras Esterhase saltaba por el otro lado y lanzaba un grito de dolor.

—¡Mi pierna, mi pierna! —aulló.

El *Land Rover* quedó súbitamente envuelto en una llamarada que enseguida se vio coronada por un negro penacho.

—¡Corre hacia el *chamal*! —gritó Trevor—. ¡Voy a por Dicky!

Rodeó el incendiado vehículo, y vio a Esterhase arrastrándose frenéticamente lejos del vehículo. Llegó junto a él, lo agarró como si fuese un muñequito, y se lo cargó en un hombro. El rugido del *chamal* estaba absorbiendo el del helicóptero.

—¡Me he roto la endemoniadamente maldita pierna! —chilló Esterhase.

—¡Cállese! —aulló Trevor.

Junto a ellos se alzó un surtidor de polvo que nada tenía que ver con el *chamal*, y oyeron el blando rebote de la bala. El helicóptero pasó rugiendo por encima de ellos, a menos de diez metros de altura, y fue hacia el viento, pero giró prestamente. Estaba claro que al señor Al-Malik no le gustaba ni pizca el *chamal*, así que volvía.

Al principio, había habido un caos en la mente de Trevor, pero ahora creía comprenderlo todo. No podía creerlo, pero no podía ser de otro modo. Y ya no tenían salvación, porque ahora estaban a cuerpo descubierto, y el helicóptero, desdeñando a April, regresaba hacia ellos.

—¡Ahora vas a ver! —Oyó Trevor a Esterhase—. ¡Hijo de putaaaa…!

Trevor se sobresaltó cuando el estampido del revólver sonó junto a su cabeza, por detrás. Se dio cuenta de que Esterhase se había tensado y girado, y que intentaba disparar contra el helicóptero. El pobre anciano se había vuelto loco de furia, esto era comprensible.

Lo que no le pareció comprensible fue que, de pronto, el helicóptero se elevase por encima de ellos con una fuerte sacudida, ascendiendo en vertical a una velocidad sorprendente. Trevor Copperfield miró boquiabierto la extraña maniobra del aparato. Todavía pudo ver a Al-Malik en la ventanilla, con un gesto de terror en su vigoroso rostro barbudo. Enseguida, desapareció en el interior del aparato. Ah, claro, comprendió como en sueños el profesor Copperfield: la bala ha alcanzado al piloto, que ha accionado de modo inesperado, y ahora Al-Malik quiere recuperar el control del aparato…

El helicóptero se convirtió en una bola de fuego. Un tremendo impacto de aire caliente llegó hasta Trevor y Richard. El primero se

detuvo, y se quedó mirando, espeluznado, la veloz caída a plomo del aparato. Impactó contra el suelo con tremendo fragor, apareció más fuego, y un diluvio de pequeñas piedras y arena que parecían al rojo vivo ametrallaron a los dos arqueólogos. En un instante, el helicóptero quedó convertido en ardiente chatarra retorcida conteniendo dos destrozados cuerpos.

—¡Atiza! —jadeó Esterhase—. ¡Le he dado!

—Maravillosamente cierto admirablemente afortunadamente —acertó a decir Trevor Copperfield.

Y acto seguido se dio cuenta de que *miss* Vallance había sido absorbida por el *chamal*, que en un instante los alcanzó a ellos también y los engulló.

—¡Ap…! —quiso gritar Trevor el nombre de la muchacha.

Un remolino de tierra caliente penetró en su boca y lo enmudeció. El arqueólogo comenzó a escupir, mientras corría en la dirección donde había visto a April por última vez.

Minutos más tarde, el profesor Copperfield sólo sabía que estaba en Irak, en Mesopotamia, en cualquier lugar… cerca de Babilonia.

ÉSTE ES EL FINAL

—YA debemos estar cerca —dijo Trevor—… ¡Caramba, vaya un sitio agradable al que se ha mudado Dicky! Creo que ha hecho bien. Aquella casa era demasiado grande. ¿Verdad que dijo que tiene jardín?

—Lo dijo —le miró sonriente April Copperfield—. Y hasta dijo que lo iba a dejar más hermoso que los mágicos Jardines de Babilonia.

—¡No me hables de Babilonia! —exclamó Trevor.

—No seas desagradecido con Babilonia —rió su esposa.

Trevor H. Copperfield (la H significa Horace) frunció el ceño y quedó pensativo. En cierto modo April tenía razón. Allá, en Babilonia, es decir, cerca de Babilonia, él había conseguido no sólo su consagración mundial como arqueólogo, al ofrecer al mundo la plegaria, sino que se había convertido en un héroe para los iraquíes, y se había hecho famoso en el mundo entero. Nada menos que había desbaratado una conjura encabezada por Yabra Al-Malik para desprestigiar a Ibrahim Nuvas, ascender taimada y lentamente al poder utilizando el prestigio de lo que habría sido «su» aportación a la Ciencia, y someter a Irak a un nuevo Gobierno tiránico y al servicio de una potencia extranjera. Para ello, esto lo habían comprendido todos finalmente, había aprovechado las confidencias de Nazik y Waldo Korvin, urdiendo un plan que terminaría con la muerte de todos los científicos de la expedición a fin de que nadie le hiciera sombra cuando ofreciera la plegaria… Unos planes endemoniadamente maquiavélicamente perversos.

Pero… ¿y Dicky Esterhase? Se había roto la tibia, en efecto, pero cuando, finalmente, dos días más tarde, fueron rescatados del *chamal* y explicaron lo sucedido, el pequeño profesor había sido catapultado a la misma altura que el profesor Copperfield…

—Mira, ése es el número —dijo April, señalando una casa—…

¡Y es verdad que tiene un jardín precioso!

Detuvieron el coche frente a la casa, se apearon, y entraron en el jardín. Era principios de octubre, pero había flores y hermosas plantas admirablemente cuidadas. La casa no era muy grande, pero resultaba alegre y encantadora. En la puerta apareció Dicky Esterhase, con la pipa en la mano, aullando:

—¡Hey, no toquen esas flores, mentecatos…! ¡Caray! ¡Pero si son los jóvenes Copperfield!

—¿Qué tal? —Se acercaron sonrientes—. Aquí estamos.

—Ah, pues muy bien… ¿Y qué os trae por aquí, muchachos?

—Usted nos invitó a cenar en su nueva casa —masculló Trevor.

Dicky Esterhase puso cara de pasmo. Acto seguido sonrió.

—Claro, claro… A cenar, ¿eh? ¡Claro! ¡Claramente definitivamente comprendido! ¿Qué día es hoy?

—Viernes —rió April.

—Aaaah… ¡Entonces bueno, pasad! ¡Caray, creía que estaba lloviendo a mares!

—Pues no —aseguró Trevor—. Pronto será de noche, pero no llueve.

—Debe ser eso. ¿Qué tal un aperitivo?

Los condujo a la salita de estar, y les señaló el sofá. Les sirvió un par de copas de jerez, y se quedó mirándolos amistosamente.

—Caray, caray, caray… ¡Qué guapa estás, April! Bueno, ¿y qué? —El menudo profesor se sentó en un sillón frente a ellos—. ¿Qué me contáis?

Trevor iba a responder cuando Zaida apareció en la salita, ataviada con un bonito vestido de noche corto, el cabello suelto, y los ojos llenos de luz. A Trevor Copperfield casi se le cayó la mandíbula al suelo, y sus ojos estuvieron a punto de saltar de las órbitas. Se puso en pie como un autómata, y besó a Zaida y recibió sus besos en ambas mejillas, igual que April. Luego, se dejó caer en el sofá, y de pronto gritó:

—Pero… ¿qué hace ella aquí?

—Llegó justamente el lunes, me dijo que le había dicho a su padre que quería venirse conmigo, y que el pobre Nazik no pudo negarse, porque ella le amenazó con decirle a todo Irak que le había negado a su hija que amase al ídolo de Babilonia. Precisamente os llamé para invitaros a fin de informaros.

—Pe-pero… ¿y su esposa? —tartamudeó Trevor.

—Está en el Sur de Francia. Le he enviado una nota diciéndole que se puede quedar allí toda la vida, porque yo tengo una concubina, y que si no le gusta que pida el divorcio. También le he enviado un corte de mangas.

—Dios mío.

—Pero… ¿de verdad amas a Dicky? —preguntó April a Zaida.

Ésta se sentó en las rodillas de Esterhase, y le dio un cálido beso en la boca. Luego, sonrió.

—Claro que sí. ¿Qué tiene de sorprendente? Y además, me ha jurado que no volverá a soñar con Mitxoaca. ¿Verdad, cariño?

—Absolutamente acertadamente —dijo Dicky Esterhase—… ¡Ni que yo fuese idiota, vamos! Llevamos cuatro días de luna de miel, y francamente, prefiero los sueños a las realidades. O sea, al revés, se comprende: prefiero las realidades a los sueños. Exactamente inteligentemente. Jóvenes Copperfield, ¿a que no adiviináis cuántos años tengo?

Los Copperfield se miraron, y, de pronto, se echaron a reír.

—¡Los que usted y Zaida quieran! —exclamó Trevor—. ¡Demonios, esto no lo habría hecho nunca el profesor Masterson!

—Lagarto, lagarto —farfulló Dicky—. Mejor que hablemos del amor, ¿eh? Esa cosa que nunca se acaba…

FIN

LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.